

REVISTA  
DEL  
**Centro de Estudios Extremeños**

TOMO III

MAYO-AGOSTO 1929

NÚM. 2

**CASTILLOS DE EXTREMADURA**

El homenaje de un preámbulo  
Publio Hurtado y sus Castillos

I

Al referirnos a la historia de los Castillos de Extremadura, sería olvido imperdonable no subrayar, en primer término, el nombre de Publio Hurtado para dedicar a su venerable memoria un recuerdo cordialísimo de admiración por sus dotes culturales, como testimonio de cariño hacia los cacereños, que con sus alientos y elogios merecidos contribuyeron a defender el prestigio de un hombre estudioso, cuya fama mereció dilatarse por España, con más sólido fundamento que otros muchos favorecidos con excesiva abundancia por la fortuna.

Se da, además, el doloroso caso que estas figuras gloriosas que en cierto modo decoran la capital, como las bellezas artísticas, cuando la región no tiene una personalidad orgullosamente acusada, como Vasconia o Cataluña, no alcanzan, ni aun en la propia casa, los entusiasmos y admiraciones que provocan aquellas otras. No pasa un día que la prensa de Barcelona dedique un ditirambo—merecidísimo por cierto—a Maragall o a Jacinto Verdaguer. Gabriel y Galán no hace sentir aquellos fervores populares entre nosotros. A cambio de tales pueriles satisfacciones, hombres del temple intelectual de Publio Hurtado hallaron, en su propia soledad, esa grandeza interior cargada de serenidades olímpicas y nobles silencios de Eternidad propicios a la obra del historiador.

Fecunda fué la pluma de Publio Hurtado. Desde la leyenda de costumbres a la «Crónica»; desde el poema bíblico al Cuento, a la narración y a la novela; desde las notas biográficas hasta los episodios históricos, recorrió su lira toda la escala espiritual y cultural, sin abandonar un momento el tono de acendrado extremeñismo, a cuya región dedicó su larga vida y su preclara inteligencia.

No es este el instante oportuno de analizar su obra. Por la índole de nuestro tema, hemos de ajustarnos a estudiar someramente la historia de los Castillos de la provincia de Badajoz, y como Publio Hurtado escribió con singular acierto acerca de los *Castillos, torres y casas fuertes de la provincia de Cáceres*, a este libro dedicamos nuestras modestas observaciones.

Fué tan demostrativo el triunfo de esta obra que hubo de agotarse pronto la primera edición. Aquí en Extremadura, donde el lector de libros cultos, constituye una minoría valerosa, ello sólo da idea de la competencia de historiador y amenidad de forma que se necesita para cautivar a un público tan huraño.

No hemos de poner ningún reparo a la obra de investigación histórica de Hurtado, inspirada en una crítica muy rigu-

rosa. Es, desde luego, la parte más sólida e inmovible de este libro, en la que radica todo su valor. El estudio histórico de la riqueza monumental de nuestros castillos, inspirado en los viejos cronicones, tanto árabes como cristianos, está hecho con una gran providad y un gran acierto. Ha sabido destacar los puntos más culminantes de nuestra reconquista, en la que jugaron papel tan decisivo las líneas defensivas de la región extremeña y las fortalezas que dominaban sierras y picachos convirtiéndolos en nidos de águila, inexpugnables muchos de ellos, como el castillo de Alburquerque, a la codicia y ambición humanas. El trabajo metódico, ordenado y lleno de claridad, revela al hombre de estudio habituado a cotejar documentos para extraer de ellos el dato preciso, la nota exacta, la fecha veraz que ha de probar y demostrar el suceso histórico de una manera convincente y diáfana.

Si el crítico puntilloso se atreve a poner reparos a este libro, habrá de contentarse con buscarlos en sus partes secundarias, decorativas. La porción de literatura que en pequeñas dosis aparece en las descripciones de los castillos, acaso pueda ser motivo de crítica. En su defensa diremos que los adornos exteriores más mudables a las incitaciones de la moda son los que más deprisa suelen marchitarse. No olvidemos que Publio Hurtado, el venerable octogenario, alcanzó en su juventud los días más luminosos del viejo romanticismo español. Estaban entonces en su apogeo aquellos lirismos sentimentales que tan bien armonizaban con el temple general de una sociedad romántica influenciada por los hiperbólicos acentos del padre Hugo.

Otro reparo de menor cuantía es el de la modesta impresión del libro. No está de acuerdo con su valor. Las reproducciones fotográficas de los castillos están apiñadas.

Extremadura es deudora de un homenaje a la memoria de este escritor. Tal vez fuese oportuno llevar a cabo una reimpresión de este libro meritísimo en una de esas ediciones de

lujo a que nos tiene habituados la tipografía española y que tanto se prodigan en el extranjero. En ella pudiera aparecer, a manera de prólogo, un estudio biográfico de tan culto escritor.

Cuantas veces visité Cáceres, no tuve, nunca, la suerte de conocer la envoltura humana de este espíritu, abierto a todas las emociones y a todos los valores de la región. Era en sus últimos años un anciano venerable, aureolado por el prestigio de su labor, y su nombre, sonaba en los oídos del viajero con ese timbre inconfundible de las glorias locales, con la veneración que merecen los hombres de edad y el respeto que inspiran las personas bien acomodadas y encasilladas en los cargos oficiales: «Presidente de la Comisión de Monumentos históricos, de la Junta del Patronato del Museo Provincial, de la Junta de Turismo y del Ateneo».

Pocas conmemoraciones siguieron a su muerte. Tan sólo hemos leído alguna que otra nota en los diarios de Badajoz. Quisiéramos nosotros avivar esta llama de recuerdos para que se le ofreciera a su memoria un homenaje. No sólo ponemos en esta súplica la desmedrada valía de nuestra propia personalidad; es que consideramos esta REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS como una continuación espiritual de la *Revista de Extremadura* editada en Cáceres y dirigida por Publio Hurtado. La nutrida colección de aquella revista, constituye una flor gloriosa para la intelectualidad extremeña. Publio Hurtado fué el alma de esta obra. Por ella nos sentimos tan cerca de él y consideramos de estricta justicia este llamamiento.

Mientras esperamos la buena nueva, sean de amor estas palabras hacia la memoria de Publio Hurtado. No nos suceda lo que al extranjero que en el paseo de la Memoria de Badajoz preguntaba desolado, a los que pasaban, sin recibir respuesta:—Memoria. ¿De qué?

En la obra *Castillos, torres y casas fuertes de la provincia de Cáceres* hace su autor en el primer capítulo unas disquisi-

ciones históricas referentes a estas mansiones guerreras de la Edad Media, que bien pueden ampliarse a las de Castilla y con más motivo a las de Badajoz. Y las consideramos tan acertadas y se conservan tan vivas en su forma que queremos reproducirlas íntegramente, como un recuerdo a la memoria del cultísimo historiador regional.

#### Consideraciones históricas

«Si el nombre de Castilla conque es, ha muchos siglos, conocida la región central de España provino de los múltiples castillos que se alzaban en ella, con más razón pudo llamarse así la actual Extremadura, donde la mayor profusión de accidentes topográficos brinda puntos estratégicos a indígenas y a irruptores para edificar fortalezas y baluartes que les sirviesen de defensa en las luchas a que el destino los obligaba incesantemente, pudiendo asegurarse, sin incurrir en hipérbole, que fué el territorio fortificado por excelencia de la península ibérica. De aquí que sean tantos los castrum, castros, castrieles, castiellos, castillos y castillejos que en su perímetro se encuentran con sus similares de turrís, torres, torreones, torrejones, torrejoncillos, torreciellas, torrecillas y demás vocablos aumentativos y diminutivos.

El castillo, que fué la *superdomus* de la Edad Media, era un edificio amplio y fuerte, construido generalmente con sillares de granito o con piedra y argamasa caliza de una resistencia ciclópea en sitios elevados y crestas montañosas a propósito para descubrir dilatadas campiñas y hacer difícil su acceso al enemigo. Y según eran sierras o terrenos peñascosos los apellidaban montanos o roqueros. Otros se edificaban en sitios menos fragosos, según las necesidades que los hacían construir; pero a ser posible se buscaban las alturas.

Rodeábanlos de profundo y ancho foso que precedía a la barbacana y se salvaban por un rastrillo que arrancaba de la

poterna y se alzaba o se bajaba con estrepitoso crujir de cadenas cuando el castellano, su familia o mesnaderos tenían que entrar o salir en el castriello.

Todos estaban dotados, además, del foso y barbacana, de bastiones, revellines, tambores, garitas, campanarios, terrazas, almenas, saeteras, blasones y una torre central casi siempre, que llamaban del homenaje, y era el reducto de mayor seguridad para los defensores.

Fué la fortificación militar por excelencia durante muchos siglos.

La torre en un principio fué elemento de vigilancia más que de defensa (1). Edificadas también en promontorios o cumbres de dilatado horizonte, eran atalayas desde las cuales se hacían señales, mediante fogatas que se encendían en su cimera, para que los amigos y secuaces se percatasen de un peligro inminente y acudiesen en favor del núcleo de compañeros amenazados.

A éstas se les llamaban faros o torres de fuego.

Luego se edificaban en las laderas y en los valles, y su relativa fortaleza—relativa en comparación de los castillos—hizo que a su abrigo se construyesen ermitas y conventos, y tras éstos, viviendas de pecheros y gentes desvalidas que buscaban el amparo del fortín para vivir tranquilos, dando lugar a la formación de muchos pueblos que con el tiempo prosperaron, mientras la torre que los amparó cuando débiles se derrumbaba y desaparecía, no quedando de ella más que el nombre.

Por último, llamábase casa fuerte al hogar fortificado, a la

---

(1) Don Vicente Paredes en su obra *Los framontanos celtiberos*, capítulo VII, afirma que las torres de nuestra provincia tuvieron su origen en las atalayas que los pastores primitivos establecían en los puntos elevados de los caminos—cañadas y cordeles—, que recorrían dos veces al año con sus ganados trashumantes, desde las que descubrían a los enemigos que pudieran arrebatarles las reses y avisaban a los vecinos que podían favorecerlos.

habitación de una familia nobiliaria o de un dignatario de las órdenes militares, más espaciosa que la generalidad de las de los convecinos, de recios muros y a veces aspillerada y almenada con el escudo de armas sobre la puerta, y más arriba, tocando con el tejado, su tambor defensivo hendido por angostas saeteras.

Era a modo de una fortaleza de modestas pretensiones.

Las tres clases de construcciones respondían al mismo fin, al de la vigilancia y defensa de las personas e intereses, ya individuales, ya colectivos, que las habían creado.

Asiento y morada del feudalismo medievo, fueron baluartes que defendieron al proletario de extrañas agresiones durante varios siglos; pero a la vez, recámara del vasallaje en que vivían aquéllos, obligados a servir en paz y en guerra los intereses, los antojos y malquerencia del prócer, muchas veces contra fuero y razón, y no pocas, contra los mismos reyes, sus señores naturales.

Y eso que en España tal sistema político-social no tuvo trabas tan férreas y opresoras como en el centro de Europa, y sobre todo en Alemania, donde los feudos teutónicos fueron dogales estranguladores para el estado llano, que vivió sumido en nefasta servidumbre, merced al decaimiento de la autoridad real.

Y ¿cuántas fueron las extremeñas? ¿Cuándo se fundaron? ¿Cuáles fueron sus nombres?

Tres preguntas son éstas difíciles de contestar.

Fuertes de las clases mencionadas hubo muchos, muchísimos. Las personas que por necesidad o recreo atraviesan la provincia en cualquier dirección, encuentran a cada paso, donde menos piensan, cimientos de fortaleza y sepulcros de remota antigüedad, como si todo el suelo provinciano fuese o hubiese sido un reducto militar y un cementerio infinito. Testimonio de ello es la sierra de San Pedro, donde en tiempos de Augusto se contaban veintidós poblaciones, muchas de ellas fortificadas,

Lo mismo hay que decir respecto de su fundación; pues aunque las piedras, muchas por naturaleza presentan trazos y combinaciones arquitectónicas y hasta inscripciones que dan alguna luz sobre la época de su nacimiento, son síntomas o detalles que pueden apreciarse pocas veces.

Y en cuanto a nombres, la negativa es casi absoluta. Apenas si de la ocupación de España por los griegos nos queda una Cauria, los restos de una Ambracia y unos arcos y pilastras de la populosa Cápari (1); de los celtíberos, la renombrada Ébura, Lama, Lomunda, Otovesia y Sambrix (2); de los romanos, ruínas por todas partes de fortificaciones y aldeas que fueron; y de los árabes, los almenados castillos y casas fuertes de Alconétar, Xerith, Racha-Rachel, Atalaya de Aben Kaled, Eljas, Alija, Benfayan y Zuferola.

Pero ¿qué vale que se conozca el nombre de un par de docenas, si es decuplicado el de los que se han perdido y son conocidos por el de los pueblos que nacieron a su sombra?

Mas aunque para nosotros hayan perdido su fe de bautismo, es seguro que existieron, porque sus nominativos, ya simples, ya compuestos, tenían que responder a una realidad tangible presente o pretérita, aunque ya no hubiese rastro de ellos.

Carecen de torres las villas de Torremenga y Torreorgaz; pero ¿quién duda de que antaño las tuvieron y a su amparo se fué multiplicando el vecindario hasta convertirse en pueblos?

Y siquiera estas viven, aunque el anónimo envuelva sus denominaciones primitivas; mas ¿y las ciento sembradas en el país que se alzaron en sitios al presente despoblados, será cosa de relegarlas al olvido?.....

---

(1) O sean, respectivamente, Coria, la población que existió muy cerca de Plasencia, junto al río Ambroz, sobre cuyas ruínas, según algunos, se construyó la ciudad de Alfonso VIII; y las ventas de Cáparra, cerca de Carcaboso.

(2) Talavera la Vieja, Roturas, Cabañas, Oliva de Plasencia y Santa Cruz de los Templarios o de la Sierra.

No. Y todo extremeño medianamente culto, está obligado a hacerlas revivir. Aunque no sea más que imaginariamente.

Ya indiqué que los romanos sembraron nuestra provincia de monumentos y poblados, éstos pequeños regularmente (vicus), pero con torres y otras defensas.

De la irrupción de los hijos del Setentríón nada bueno podemos referir. Destruían por sistema.

En cambio los árabes, tan duchos en sus buenos tiempos en el arte de la guerra, reconstruyeron lo que los bárbaros del Norte habían desmantelado, edificando otros muchos de nueva planta. No se descuidaron después los monarcas y señores cristianos en erigir nuevos fuertes y reforzar las atalayas, sobre todo las Ordenes Militares de Temple y de Alcántara, dueñas de la tercera parte del territorio de la provincia, que dividían en encomiendas, cuyas ordenanzas o definiciones prevenían a los comendadores, que en las encomiendas que tuviesen población y no casa para ella, las labrasen, aplicando a tal fin las tercias de sus rentas. Así que cada villa, aldea o caserío perteneciente a un comendador tenía un castillo, o cuando menos una casa fuerte. Y no dejaron de contribuir a erizar de torres nuestro suelo los señores feudales, a los que de ordinario el Rey daba licencia para ello, con fines políticos u obligaciones provechosas a la Corona.

Si todos estos magnates, estas comunidades, estas razas, hubiesen cooperado al culto y benéfico fin de conservar y mejorar esas históricas mansiones y caseríos que se apiñaban a sus pies, la despoblación de Extremadura no hubiese llegado al grado de que tanto nos lamentamos; pero no parecía sino que poseídos de un mismo furor de destrucción, su misión era destruir, volver a edificar y derribarlo nuevamente, en continua algarada e incesante pugilato, tejiendo y destejiendo la urdimbre de la vida social, sumamente penosa en nuestra comarca.

Hace algunos años que yo tuve el proyecto de historiar las

diversas etapas de las conquistas y reconquistas del país por moros y cristianos, para lo que tenía que valerme con preferencia de las crónicas arábicas, ya traducidas, por ser más detallistas y minuciosas que nuestros tumbos y cricones.

Pero tenía la desgracia, entre otras muchas, de no conocer la lengua de los Abderrahmanes y Almanzores, y por los nombres de los ríos, puentes, valles, sierras, castillos y ciudades que en aquellas se encontraban a cada paso, no podía yo apreciar distancias ni lugares, ni tejer debidamente mi obra.

Tenía que pedir auxilio a los vecinos, y estos vecinos eran dos: los sabios arabistas y académicos don Eduardo Saavedra y don Francisco Codera, a cada uno de los cuales remití una larga lista de nombres que me sonaban a moruno y se referían a puntos geográficos y mansiones de toda clase, para que me los tradujesen y alumbrasen mi camino. Mas ¡oh decepción! uno y otro, como si se hubiesen puesto de acuerdo, me contestaron que era punto menos que imposible hacer la traducción que les pedía, pues las modificaciones que el transcurso del tiempo había introducido en los vocablos, impedía darles un significado fidedigno.

Por lo que desistí de mi proyectada labor.

Y renunciado tan bello ideal, forzoso será buscar la existencia de nuestros monumentos bélicos en las viejas leyendas castellanas, depuradas por la crítica y el arte de Vitrubio.

¿Y qué nos enseñan sus ahumadas páginas?

Que podemos señalar como épocas nefastas para Extremadura, por lo que atañe a torres y castillos, las guerras de Viriato contra los Pretores romanos; las de Metelo y Sertorio, y en pos de éstas, las de César y Pompeyo, la depredación general que a su invasión en la península ocasionaron los bárbaros del Norte y las particulares que el Rey alano Atace, el suevo Miron y el godo Leovigildo originaron en este país. Sobre vino la irrupción agarena, y después de los lances desastrosos de la conquista, no fueron pocos los daños materiales que las

guerras intestinas de los Walies emeritenses y los reyes de taifa causaron en nuestro suelo.

Llegaron los soldados de la cruz a los aldeaños extremeños y su batalla fué continua durante cuatro siglos y medio, desde don Alfonso el Magno hasta San Fernando.

¡Lapso de titánicos esfuerzos y heróicas hazañas!

A lo persistente y recio de esta larga etapa reconquistadora en la que tuvieron las razzias del almoravid Jucef ben Taxfin, y los almohades Jucef Abú Jacob y Jacob ben Jucef, atribuyen algunos el origen de la palabra Extremadura, no sólo por ser este territorio el más extremo o distante de aquellos tiempos del reino de León, sino por ser en él la vida dura y penosa en demasía, por los continuos rebatos y combates que libraban las huestes cristianas y agarenas.

Tal etimología, si no es aceptable en buenos principios filológicos, al menos nos da una idea de lo que sería la existencia en nuestro país, donde se abatían y levantaban fortalezas por unos y otros combatientes, ya para privar al enemigo de elementos de defensa, ya para proporcionárselos a sí propios. La cordillera Carpetovetónica y sus derivaciones, las márgenes del Tajo, las encrespadas Villuercas y la sierra de San Pedro, especialmente, eran una aglomeración pasmosa de castillos y torres fortificadas, que en combinación con los cerros, desfiladeros y ríos del país hacían difícilísimo su acceso.

Los propios reyes leoneses don Fernando II y don Alfonso IX, que fueron los que dieron el último empuje a la empresa reconquistadora de nuestra provincia, echaron por tierra bastantes castillos y baluartes. El último particularmente, como fueron tantas las entradas que llevó a cabo por el territorio, antes de apoderarse de él en definitiva, cuando la fuerza de las armas enemigas le obligaba a retirarse a sus estados, devastaba los campos y reducía a escombros las atalayas y alcazabas que no podía conservar, para que no le siviesen de obstáculo el día que volviese a sus campañas.

En poder ya de los cristianos tan disputada comarca, las guerras y por ende las ruínas, prosiguieron entre sus señores dejando triste rastro de sí las habidas entre Monroyes y Almaraces, Zúñigas y Carbajales, Barcos y Palomeques, Bejaranos y Altamiranos, Solises y Monroyes; habiendo sido escogido como campo de sus inquietudes y revueltas por los Infantes de Aragón y sus secuaces, malquistos con la privanza de don Alvaro de Luna.

Vinieron los Reyes Católicos, y a pesar de su paternal interés por su pueblo en general, no pudieron prescindir de castigar a algunos caballeros adictos a la causa de la Beltraneja cuyos castillos mandaron demoler, siendo una de sus medidas pacificadoras el ordenar que se descabezaran las torres de Cáceres y otros puntos hasta dejarlas a la altura de los tejados de las casas, para que desde ellas no continuasen sus dueños las agresiones intestinas que tanto dañaban a la causa pública y en estado de tanta intranquilidad mantenían a los pueblos.

A cargo de las Comunidades de Castilla se apuntaban igualmente el derrumbamiento y desaparición de algunas fortalezas; pero en fin, al terminar la Edad Media podemos decir que acabó este estado de cosas. La unidad nacional lograda con la toma de Granada; el poder real afirmado con la incorporación a la corona a título de administración de los Maestrazgos de las Ordenes Militares; sometidos merced a mil políticos ardidés los próceres turbulentos; castigados los ricos malhechores; reconciliados los prelados intrigantes; los caminos públicos limpios de salteadores; la Justicia entronizada y funcionando sin coacciones desde su elevado sitio; las cortes legislando pacíficamente, y las comarcas todas identificadas en el amor de sus reyes, dieron plaza a una era dichosa, tanto tiempo anhelada, en que para colmo de dichas, el descubrimiento del Nuevo Mundo abrió una válvula de escape a la gente maleante que mal avenida con la etapa pacífica inaugu-

rada, pudo haber sido un estorbo en España al bienestar sobrevenido.

Atraídos los nobles a la Corte con honoríficos empleos, fueron abandonando su vida aventurera y azarosa, y distraídos en intrigas palaciegas, se olvidaron de arneses y partesanas que al cuidado de ociosos armigueros habían dejado colgados en la sala de armas del castillo, y si a vestir volvieron algún día, fué sólo ya para torneos.

Este cambio de costumbres en los grandes, se reflejó en sus arcaicas fortalezas, transformadas en moradas más atractivas y confortables: las angostas saeteras se trocaron en ventanas, la almenada explanada de la torre del homenaje en deleitosa azotea, los escaños y arcones centenarios e incómodos, por canapés y papeleras estofados y rutilantes; pudiendo citarse como modelos de tanta mutación los castillos-palacios de la Abadía, Granadilla y Galisteo.

Contribuyó también a este cambio radical, el empleo de la artillería en el arte de la guerra. Esta derribaba en pocas horas lo que antaño era verdaderamente inexpugnable. La guerra de la independencia portuguesa, y la llamada de Sucesión a la corona de España lo acreditaron en nuestra provincia. Contra los disparos de bombardas y morteros eran ya ineficaces defensas el enhiesto almenaje, la terriza barbacana, ni el levantado rastrillo. ¿Para qué conservarlos?... Por eso los castillos y casas fuertes que habían librado de las injurias del tiempo, enclavados, como lo están generalmente, en predios extensísimos, quedaron convertidos en centros de explotaciones agrícolas y albergues de labranza, ahuyentados los furentes manes de sus antiguos paladines, cuyos votos y perjurio tenían amedrentados los contornos por donde hoy corretean la égloga y el idilio, llenando los corazones con sus dulces cadencias de placidez y alegría bajo los auspicios provechosos de Pan y de Pomona, a excepción de aquellos que como los de Arroyo del Puerco y Villanueva de la Sierra fueron destinados a cementerio.»

## El Castillo de Azagala

Idea de Libertad

### II

Los castillos rodeados de caseríos parece que pierden su primitiva fiereza. Sus adustos ceños montaraces se han urbanizado al paso de los siglos, no por ellos mismos sino por el ambiente que les rodea. En cambio en la soledad casi bravía de este paisaje de encinas que ahora nos envuelve con cierta solemnidad religiosa, la mole de granito del Castillo de Azagala, plantado sobre el picacho de la sierra y recortándose en el cielo conserva su altiva rudeza juvenil.

El castillo de Azagala, habitado hoy por sus dueños como cualquier otra casa de labranza, ha sufrido profundas y humanas transformaciones. En vez de situar fuera a sus vasallos en las laderas del monte, hace el efecto de que el señor feudal los acogiera en su intimidad. Más que vasallos parecerían criados. El antiguo pueblo de Azagala, si lo hubo al exterior, ha desaparecido. Apenas quedan restos de un molino. Nada. En cambio, dentro de murallas, existen alojamientos para muchas familias que se han ido superponiendo aprovechando huecos de la antigua fortaleza.

Luego, cuando las guerras no eran ya tan continuas y a las armas sucedieron los arados suavizándose las costumbres de la Encomienda, el castillo vino a quedar convertido en una granja, en la heredad de un solo dueño con los jornaleros que labraban la tierra, almacenaban granos y amasaban el pan. Si

acaso, la caza mayor sustituyó a la caza del hombre dando así rienda suelta a los instintos primigenios del señor.

Después de asaltar en actitud pacífica el castillo e internarnos por el dédalo de callejones y portados, es difícil distinguir la multitud de edificaciones que se han ido hacinando, como voces destempladas, entre los muros venerablemente carcomidos de Azagala. Muros, tejados y miradores agrúpanse de una manera anárquica, surgiendo almenas, matacanes o saeteras como en la buhardilla de los trastos viejos ven los niños con sorpresa una vieja rodela o una espada del abuelo. La aldea está, ahora, dentro del castillo. Quedó asfixiada en su interior, famélica, digerida por el señor de horca y cuchillo, sin que aquellos pobres mesnaderos tuvieran fuerza expansiva para seguir viviendo.

Y, sin embargo, justo es decirlo. Aquellos señores de la Edad Media que los imaginamos por estas estancias y a lo largo del adarve con rostros adustos, con sus trajes guerreros, fueron los iniciadores de los balbucesos de libertad. «Los castillos—dice Ortega y Gasset—parecen descubrirnos más allá de sus gestos teatrales un tesoro de inspiraciones que coinciden exactamente con lo más hondo en nosotros. Las torres están labradas para defender a la persona contra el Estado.» Y añade más adelante: «En esto, como en muchas otras cosas, las burguesías occidentales no han hecho más que imitar las maneras inventadas por las viejas aristocracias feudales. Los «derechos del hombre» son franquías y nada más. En ellas adquiere su manifestación más abstracta y general la sensibilidad jurídica de la Edad Media, que nuestra miopía nos presenta como contraria a la nuestra. Los señores de estas casas monstruosas que llamamos castillos han educado las masas galorromanas, celtíberas, toscanas para el liberalismo.»

La torre del homenaje de este castillo está desmochada, agrietada. Sobre los trozos de muralla crecen líquenes y jaramagos en una sensación decorativa de ruina. Lienzos de

muros hanse derribado por la labor destructora del tiempo. Pero si nos encaramamos a lo alto de la torre y contemplamos la soledad de estos campos, aparte de su austera belleza, nos damos cuenta de lo efímera de tal transformación. Se han descuajado grandes extensiones de terrenos. Se cultivan los mejores. Otras sirven para pastos. De aquellas masas de encinares aprovéchase la montanera cuando la oruga lo permite. La despoblación, la soledad, el silencio continúan, lo mismo que hace siglos, dominando el amplio basamento de este castillo de Azagala. Y las mismas ideas de siempre vuelven a inspirarnos estas ruinas. *«Extremadura es la región donde la tierra está peor repartida, donde los pobres tienen menos y los ricos tienen más. Uua enorme población de jornaleros y una lista brevisima de grandes propietarios. Descampados. Desiertos. Pero desiertos en tierra fértil.»*

Es verdad que se han suavizado las costumbres y han desaparecido de estos riscos los hábitos de guerra, las cotas de malla, los arcabuceros, la pez y el aceite hirviendo. No se escucha en las estancias de este castillo de Azagala ningún ruido bélico, ni ofende la vista ningún aparato de lucha. Pero bajo esta quietud de paz y de abandono campesino, laten inquietudes espirituales, anhelos de igualdad, ansias de tierras de promisión, infinitos deseos de bienestar prolífico, generoso, pacífico, que tardará mucho tiempo en convertirse en realidad.

\*\*\*

Tenemos el propósito de visitar los castillos de la Baja Extremadura. Se han escrito monografías; pero no se ha hecho un estudio ordenado y completo de estas mansiones, que bien lo merecen, antes de que acaben todas por arruinarse y desaparecer. En ellas está escrita la historia de nuestra región

y constituyen, además, elementos evocadores del espíritu montaraz y agresivo de pasadas centurias.

El castillo es también una reminiscencia romántica, un dibujo de Gustavo Doré—el gran animador de estampas—convertido en piedra. Un espíritu filosófico, nada sospechoso de romanticismos, tan moderno como el de Ortega y Gasset, demuestra su prosapia de artista en una de estas definiciones de los castillos que se desbordan de su intelecto, como burbujas de un vaso lleno de buen vino, es decir, de buen sentido. Ortega y Gasset llama a estas fortalezas «mansiones de ofensa y defensa, señeras sobre los alcoces, ceñudas y agresivas, mordiendo siempre lo azul con sus viejas dentaduras».

Como en el Cine el castillo se columbra en la lejanía de ensueño del paisaje—sobre todo castillos situados como el de Feria—y después de desdoblarse la cinta de la carretera, llega hasta nosotros en el primer plano de la pantalla, hasta que contemplamos sus arrugas y cicatrices, como la cara de un guerrero.

En Extremadura tanto como en Castilla abundan estas «mansiones de ofensa y defensa». Tan grandes extensiones de terreno necesitaban para su conquista material, después de los flujos y reflujos de las olas humanas, muchos castillos, índice de encomiendas y de pueblos futuros. Así la ciudad de Badajoz desde el morrete, que fué el primer castillo, se agrupó a su amparo y constituyeron otro recinto pasado el siglo. Y los poblados subsiguientes, ampliando el cerco, aumentaron la ciudad hasta nuestros días, en que huelgan ya los últimos baluartes, y el caserío paralelo al río sigue el mismo desarrollo de muchas de las capitales de nuestra Península: Siempre será la geografía guía de la historia.

Hemos recorrido la zona de terreno comprendida entre Badajoz y Valencia de Alcántara. Por este lado las estribaciones y la Sierra de San Pedro forman el núcleo de montañas entre

las cuencas del Tajo y del Guadiana. Quien se hallase dueño de este baluarte natural podía defenderse y ofender. Así vemos que en la reconquista tiene lugar en estos campos una de las batallas más sangrientas y decisivas. Batalla de Zagalla, muy estudiada y discutida sobre el lugar exacto donde se desarrolló, y que se ha comprobado por la crítica histórica que fué en los campos donde todavía se enseñoa el castillo de Azagala.

«Fué su castillo—según dicen las crónicas—muy disputado en todos los tiempos por ser en el de los moros antemural de Badajoz y, después de la conquista de Extremadura, una grande defensa de las hostilidades de Portugal.

Sucedió en sus campos, que distan cuatro leguas de Cáceres, la memorable batalla que dió el Rey Don Alonso el Sexto a los Reyes de Mérida, Badajoz y Cáceres, unidos con Alhabanaix, gran Caudillo de la muchedumbre, que envió en su ayuda Jucef, Rey de Marruecos, en que Mármol afirma salió vencedor el Rey Don Alonso, no llevando la opinión del Arzobispo Don Rodrigo y el Obispo Sandoval, que dicen fueron vencedores los moros. El Arzobispo Don Rodrigo pone la batalla en un lugar que se llama *Sacralia*: la historia general dice que la dieron en un lugar que se llamó *Sellaque*, y en castellano *Satali*. El Padre Bledo que fué en los campos de Cazalla, cerca de Badajoz; pero sin duda fué en *Zagalla*, que es lo que afirma Mármol, y que sucedió en el año de 1087, según su cómputo, aunque dice, que el Xerife que escribió la historia de Fez señala este acontecimiento en el año antecedente; Sandoval (4), siguiendo la memoria del Tumbo de Santiago, dice así: arrancaron los moros en Zagalla al Rey Don Alonso en la Era de 1224, que es año de 1086. El combate de la batalla fué tan grande, y el estrago, que afirma el Arzobispo Don Rodrigo: *Duraba la memoria hasta su tiempo*.

La fortaleza, Villa y Dehesa de Azagala fué poseída en lo

antiguo de la Orden de Alcántara, por donación que le hizo della el Rey Don Alonso Nono de León, según creemos, después de la conquista de Cáceres, por los servicios que esta Religión había hecho. Después fué desapoderada della por el Concejo de Badajoz, por ser de su término y jurisdicción, como consta de una carta de concordia que hicieron la Orden de Alcántara y el dicho Concejo sobre esta fortaleza y otras que poseía la Orden, que decía el Concejo ser suyas, en cuya concordia se adjudicó a Badajoz *Azagala*, y su término, de que dió su carta de confirmación el Rey Don Alonso el Décimo en Sevilla a 14 del mes de Abril, Era de 1302, que es año de 1264; la cual trae a la letra Don Alonso de Torres en su historia manuscrita de la Orden de Alcántara, y consta por ella, que la avenencia y composición fué cometida a Don Domingo, Obispo de Ciudad Rodrigo, y Aparicio Ruiz de Medina del Campo, Alcaldes del Rey, y a Rui Fernández, su ome en que concuerda, como en el año, en la avenencia que hicieron el Concejo de Cáceres y de Badajoz sobre términos: que se refirió en el fol. 98.

Volvió Azagala al dominio de la Orden de Alcántara, en tiempo del Maestre Don Gómez de Solís, aunque no sabemos con qué ocasión, y desde entonces la han poseído como Encomienda de dicha Orden muchos y señalados Caballeros della y de algunos se dará razón en otros instrumentos.»

#### La Monografía de Escobar

Don Eugenio Escobar Prieto en su monografía histórica de «El castillo de Piedrabuena» combate la opinión de Ulloa y Golfín relativa a la antigüedad del castillo de Azagala. «A pesar de tan categórica afirmación—dice Escobar Prieto—hecha en el siglo XVII por el docto cacereño, dudamos mucho de que sea este castillo tan antiguo como él pretende. Ni en 1171 al

confiar el Rey don Fernando II a la Orden de Santiago el castillo de Alburquerque, ni cuando un poco más tarde en 1217 repobló dicha villa don Alonso Téllez de Meneses, ni siquiera en 1225 en que dicho caudillo reclamaba con insistencia por medio del Papa Honorio III el auxilio de la Orden de Santiago para sostenerse allí contra las acometidas de los árabes, en ninguna de estas ocasiones se menciona el de Azagala, lo que, caso de existir, hubiera sido muy natural, dada la proximidad de Alburquerque.

La primera vez que se habla por nuestros cronistas, no del castillo, sino del territorio de Azagala, es con ocasión de la derrota sufrida allí por nuestro don Alfonso VI en 1086. Designan aquellos campos los historiadores con los nombres de Sacralias, Salloque, Satalias, Sajalia, Zalaca y Zagalla, lo que ha dado lugar a que algunos fijen esta batalla en otros sitios. Para nosotros no ofrece duda alguna, máxime cuando el *Tumbo de Santiago* y los *Anales contemporáneos* afirman que tuvo lugar en Zagalla, con cuyo nombre fué conocido siempre en la antigüedad este territorio. Para llevar dicha batalla, como quieren algunos, a la dehesa de Sagraja, próxima a Badajoz, hay que violentar hasta la gramática.

Por nuestra cuenta añadiremos que sólo con haber examinado ambos terrenos se confirma esta opinión ya comprobada y generalizada. La dehesa de Sagraja, a las puertas de nuestra ciudad, es una finca de encinar casi como la palma de la mano, sin ningún relieve geográfico, a orillas del Guadiana. En cambio el castillo de Azagala, situado sobre una eminencia cortada a pico por uno de los lados en una barranacada donde confluyen varios ríos, con una línea de alturas a retaguardia y cubierta la retirada hacia el Norte por el puente sobre el Tajo en Alcántara, *habla* de esta gran batalla de una manera elocuente y definitiva.

Noticioso Alfonso VI—continúa Escobar—que se hallaba sitiando a Zaragoza, de haber desembarcado el Emperador de

Marruecos en Algeciras, y que, en unión de los Reyes de Sevilla, Granada y Badajoz, venía con 200.000 infantes y 80.000 caballos contra nosotros, voló a detener su paso, reforzando un ejército con las huestes catalanas y aragonesas del Conde don Berenguer y del Rey don Sancho.

Se encontraron ambos ejércitos en los campos de Azagala, invirtiendo los tres primeros días en cruzar mensajes ambos Reyes, pretendiendo nada menos el almoravide del Monarca castellano que renegara de su fe y le pagara tributo de vasallaje. Rechazada tan indigna y arrogante proposición y sin embargo de que nuestro ejército ocupaba posiciones más desventajosas que las del contrario y era inferior en número, don Alfonso VI aceptó la lucha. El resultado fué fatal para nuestras armas con pérdidas de tanta consideración por ambas partes, que afirma en su Historia el Arzobispo don Rodrigo «duraba la memoria hasta su tiempo».

Herido don Alfonso se refugió a Coria, dejando al Obispo de León don Pedro, al valiente caudillo Alvar Yáñez Minaya y al Conde García Ramírez en el campo de batalla para contener el avance de los enemigos, organizar la retirada y recobrar, a la vez, parte de lo robado. Fueron recibidos por el Rey con extraordinario regocijo en Coria, y entonces fué cuando, dirigiéndose al Obispo de León, repitió la célebre frase: «*Gracias a Dios que hacen los clérigos el oficio de caballeros y los caballeros se han tornado clérigos por mis pecados*». Se refería el Rey a los Infantes de Carrión, al Conde García Ordóñez y a otros que habían huído cobardemente.

Dijimos antes que, caso de haber existido, debió ser corta la dominación de don Fernando de Portugal, como lo demuestran varios documentos del Archivo Catedral de Badajoz. En uno de ellos, fechado en Toro a 16 de Octubre de 1291, dice el Rey don Sancho IV: «Don Sancho por la gracia de Dios Rey de Castilla estra a vos Juan Alfón, Señor de Alburquerque salut como aquel que amo e en quien fio. Ruego vos

e mando vos que los derechos que el Obispo e el Cabildo de Badallos en aver en los diezmos de Azagala, que jelos fagades dar bien e complidamente assi como los avian quando este logar era de Badallos ectra».

Al año siguiente, en cumplimiento de la precedente orden, don Juan Alfonso, desde Badajoz a 23 de Noviembre, escribe a los de Azagala: «De mi Don Juan Alfonso, Señor de Alburquerque, al Alcaide e al Concejo e a los Alcaldes de Azagala, salut como aquellos que mucho amo e en quien mucho fio. Mando vos que los derechos que el Obispo de Badajoz avia e en la Iglesia de Azagala en los diezmos e en las premicias e en las otras cosas que se contienen que son derechos de la Iglesia, quando este logar sobredicho era de Badallos e quando me lo dió a mi el Rey Don Sancho por me facer onras e merçet, que gelos faga de dar ectra».

Como ya se ha dicho y siguiendo a la letra el estudio de Escobar Prieto, añadiremos que este don Juan Alfonso, a quien don Sancho IV dió el señorío de Azagala, era hijo de Alonso Sánchez, hijo bastardo del Rey de Portugal don Dionis y de doña Aldonza de Sousa, Infanzona de Galicia. Casó el don Alfonso con Teresa de Meneses, hija de Alfonso Téllez de Meneses, el poblador de Alburquerque, y de Teresa Sánchez, hija bastarda de don Sancho I de Portugal.

El señorío de Azagala continuaba vinculado en esta familia en 1903, según lo acredita la siguiente inscripción, que subsiste todavía en una de las torres del castillo: «D. Martín Gil de Sousa, Conde de Bracelos, Alferez do Rey de Portugal, e Moordomo moor do Infante D. Alfonso, seu fillo moor, here-deiro e Senhor de este Castello, mandó facer esta torre e foy comenzada no mes de Mayo, no Era de mil e treçiento e quarente e un años (1303 e por ende mandose aqui suas siais per Deus lle perdone.» Debajo están dos escudos de Gil de Sousa.

Muchas de estas citas de Escobar Prieto las hemos comprobado en los Fueros de Cáceres, recopilados por Ulloa y

Martín en el valiosísimo ejemplar que posee el Centro de Estudios. En esta misma obra hemos leído una carta de concordia que dió D. Alfonso Sánchez, señor de Alburquerque, Mayordomo Mayor del Rey de Portugal, sobre la diferencia que tenían los del Concejo de Cáceres y el de Azagala, sobre términos. Fecha en Alburquerque. Era de 1360 que es año de 1322: «Alfonso Sanchez, señor de Alburquerque e de Medellin, Moordomo Mayor del Rey de Portugal... por razon dos terminos que parten entre Azagala, e o Concilho de Caceres, en como pasa a o camino de Badelloz, e que vai por lo Porto de Alboñiz en o direito, que en o royo deste Alboñiz viniendo por este camino para Badajoz a Atahun para este camino otra vez en este arroyo, indo mesturado con arroyo de Zapaton.»

Por este documento se observa como se van perfilando las lindes de las grandes propiedades que a través de los siglos veremos pasar de los Concejos a manos de particulares, creando el problema de la tierra, de los latifundios de Extremadura, que todavía están por resolver.

La historia continúa diciéndonos como don Martín legó este castillo en 1312 a su sobrino don Pedro de Castro, pero su cuñado Alonso Sánchez se resistió a entregarle y continuaba en posesión de él en 1322.

Poco después, en 1331, el Infante don Sancho, hijo bastardo de don Alfonso XI y de doña Leonor de Guzmán, recibió este señorío, que parece se lo disputó don Juan Alfonso de Alburquerque, privado de don Pedro I de Castilla. Y al concertarse como base de la paz con Portugal, en 1371, el matrimonio de dicho Rey con la Infanta doña Leonor, hija de don Enrique II de Castilla, se dieron en fieldad (rehenes) los castillos de Alburquerque, Alconchel y Azagala. Rotas las paces no tuvieron arreglo definitivo hasta 1373, mediante el matrimonio de la Infanta doña Beatriz, hija del Rey de Portugal, con el ya citado don Sancho, que recibió de nuevo el castillo de Azagala.

Por muerte de don Sancho, ocurrida en 1374, entró en el

Señorío su hija doña Leonor de Castilla, llamada la *Ricahebra*. Casó dicha señora con el Infante don Fernando, llamado el de Antequera, hermano del Rey don Juan I de Castilla. Fueron sus hijos los famosos Infantes de Aragón don Alfonso, que llegó a ser Rey de Aragón, Nápoles y Sicilia; don Juan, que lo fué de Navarra; don Enrique, Maestre de Santiago, en quien recayeron los Señoríos de Extremadura; don Pedro, que murió en Nápoles; don Sancho, Maestre de Alcántara y doña María y doña Leonor, casadas respectivamente con los Reyes de Castilla y Portugal don Juan II y don Duarte.

En 17 de Mayo de 1418 hizo doña Leonor renuncia de todos sus estados de Extremadura en favor de su hijo don Enrique. Este casó con la Infanta doña Catalina, hermana de don Juan II.

En 1429, dejando el Infante don Enrique a su mujer doña Catalina en el castillo de Segura, acompañada del Obispo de Coria don Martín Galos, se vino con su hermano don Pedro a Trujillo, y desde allí, azuzados por el odio a don Alvaro de Luna, dieron comienzo a la guerra más desoladora que registra la historia de esta comarca.

A la vuelta de Aragón supo Don Juan II en Peñafiel, los graves males y daños que causaban los Infantes en Extremadura. Quiso ir en persona a remediarlos, pero ofreciendo poca seguridad los Reyes de Aragón y de Navarra, temió alejarse mucho y envió, en su lugar, al Conde de Benavente, y poco después a Don Alvaro de Luna. Estos, con fuerzas numerosas y 200 hombres facilitados por los Maestres de Calatrava y Alcántara, se dirigieron a Trujillo. Noticiosos los Infantes del crecido ejército que venía contra ellos, pegaron fuego al arrabal, marchándose con 300 caballos y 1.000 Infantes a Alburquerque, cuyo castillo era más seguro y ofrecía, a la vez, facilidad para recibir socorros de la frontera portuguesa.

El Condestable, por medio de una estratagema que detallan minuciosamente nuestros cronistas, se apoderó de la fortaleza

de Trujillo. Dejando en ella Alcaide y Corregidor de su confianza se encaminó a Montánchez, cuyo castillo estaba también por los Infantes. Se resistió con valentía el Alcaide, manifestando repetidas veces que sólo al Rey entregaría la fortaleza. Se apresuró Don Alvaro a trasmitir la noticia al Rey, que se hallaba en Medina del Campo, añadiéndole que con su presencia juzgaba se habían de entregar también Alburquerque y Azagala.

Mientras llegaba el Rey, se fueron el Condestable, el Conde de Benavente y los caballeros que le acompañaban, a Alburquerque, sabedores de hallarse los Infantes dispuestos a dar la batalla a cualquiera que viniese contra ellos, excepción hecha del Rey. Cuatro horas esperó el Condestable, y, en vista de que no salían, les envió un cartel de desafío. Hubo sobre esto varias contestaciones sin que ninguno se diese a partido. El Condestable, mirando que comenzaba el rigor del invierno, se fijó de asiento en Piedrabuena, y allí estuvo hasta la llegada del Rey a Cáceres. Al paso de éste por las barcas de Alconétar, se hundió una de ellas, ahogándose 40 personas de la comitiva del Rey, entre ellos Pero Díaz de Sandoval, sobrino del Adelantado. Después de enterarse de lo que pasaba, fué el Rey en los primeros días de 1430 a Montánchez, cuyo Alcaide le entregó sin dilación la fortaleza. De allí se dirigieron a Piedrabuena, desde donde, en 4 de Enero, escribió el Rey a los Grandes una carta, que trae Pérez de Guzmán en su Crónica, participándoles los actos de rebeldía cometidos por los Infantes contra su persona. Desde allí se dirigieron a Alburquerque, y los Infantes, contra lo que se esperaba, desacataron al Rey, disparando tiros y saetas contra sus tropas. El Rey, en vista de tan pertinaz desobediencia, les declaró traidores, confiscándoles a la vez todos sus Estados. Después de dar órdenes para continuar la lucha, se fué a Guadalupe y de allí a Medina del Campo.

No se intimidó con tan extraordinarias medidas el Infante

Don Enrique ni con la prisión de su hermano Don Pedro, llevada a cabo por el Comendador Mayor de la Orden de Alcántara en 1431. En este mismo año se avistó en el castillo de Piedrabuena con el Maestre de Alcántara Don Juan de Sotomayor, el Clavero Frey Martín de Manjarrés, y el Obispo de Coria que vino desde Aragón a Portugal, acompañando a la mujer de Don Enrique. En esta Junta se ocuparon principalmente de libertar a don Pedro de la prisión y de la continuación de la guerra.

Enviados por el Rey, vinieron en 1432 a combatir a los Infantes el Adelantado Don Pedro Manrique y el Almirante Don Fadrique Enríquez. Aunque talaban la tierra de Alburquerque y la de las Encomiendas, y causaban muchas molestias a sus habitantes, Don Enrique, alentado y ayudado por el Maestre de Alcántara, continuó la lucha con valentía. Sólo cuando se convenció de la imposibilidad de libertar a viva fuerza a su hermano, es cuando se resignó a obtenerla mediante la dura condición de entregar los castillos de Alburquerque y Azagala, últimos que le quedaban.

Se embarcaron los Infantes en Lisboa con rumbo a Nápoles, acompañándoles el Maestre de Alcántara y el Obispo de Coria, que compartieron con ellos las penalidades del destierro. Don Pedro falleció en el cerco de Nápoles y el Obispo de Coria en Florencia. Hemos visto su sepulcro en Santa María la Nueva. También murió en suelo extraño el Maestre de Alcántara víctima de su lealtad a los Infantes.

La Reina Doña Leonor, a pesar de la nobleza de miras con que siempre procedió y de sus constantes gestiones en favor de la paz, no pudo librarse de ser recluída en el Convento de Santa Clara de Tordesillas y de ver embargados sus bienes, so pretexto de que favorecía a sus hijos. El Rey de Portugal se interesó vivamente por la libertad de Doña Leonor, con cuyo motivo Don Juan II comisionó al Obispo de Plasencia,

Don Gonzalo de Santa María, para ir a Tordesillas y acompañar a Doña Leonor a Medina o al punto que ella eligiese. Le autorizó al mismo tiempo para alzar el embargo de todos los bienes y castillos de la Reina, con tal de prometer, como lo hizo, no dar ayuda a sus hijos en adelante. Murió de pena Doña Leonor en Medina del Campo a 16 de Diciembre de 1435, al recibir la noticia de la prisión de sus hijos en la batalla naval de Ponza.

Regresó a España el inquieto Don Enrique en 1437, encendiendo de nuevo la guerra, que duró hasta 1445, en que, a consecuencia de las heridas que recibiera en el encuentro de Olmedo, murió en Calatayud.

Todavía, después de muerto el Infante, se trató de prolongar la lucha y, para terminarla, vino Don Juan II en el otoño de dicho año a Cáceres y desde allí, por Arroyo del Puerco, se dirigió a Alburquerque. En vista de la resistencia de la plaza, retiróse el Rey a Piedrabuena, desde cuyo castillo pidió ayuda a Lorenzo Suárez de Figueroa, señor de Zafra, al Maestre de Alcántara y a los Concejos de Cáceres y Trujillo. Reunida la gente de armas en Piedrabuena, volvió el Rey contra Alburquerque. Era Alcaide un hijo del Condestable Ruy López Dávalos y se negaba a entregar el castillo, salvo al hijo o hija que naciera de la Infanta Doña Catalina, que quedó embarazada a la muerte de su esposo Don Enrique. Tan pronto como fué reconocido el Rey, se entregaron, primero los de la Villa, luego los del castillo y finalmente los de Azagala, cuya fortaleza dió nuevamente el Rey a Don Alvaro de Luna, como consta del privilegio otorgado en Toledo a 29 de Diciembre de 1445, la que poseyó hasta su desastrosa muerte. Entonces volvió este castillo a la Orden de Alcántara, y veinte años más tarde se erigió en Encomienda, una de las mejores del Priorato.

El Rey Don Enrique IV, en 1461, a cambio de Morón,

Arahal y Castillo, dió a la Orden de Alcántara el castillo de Azagala y las villas de Villanueva de Barcarrota y Salvatierra.

### Guerras entre Monroyes y Solises

La paz que gozaron cerca de veinte años estos castillos, después de las contiendas que acabamos de referir, se vió de nuevo turbada en 1464 por las enconadas rivalidades de dos poderosas familias extremeñas, ambas de extraordinario prestigio y arraigo en la Orden de Alcántara y ennoblecidas por el valor de sus hijos.

Estas funestas divisiones, que tan costosas fueron al suelo extremeño, no pudo terminarlas don Enrique IV; tal vez las fomentó con sus debilidades. Hubo que esperar al glorioso reinado de los Reyes Católicos. Doña Isabel sobre todo, con la prudente entereza y perseverancia de que dió tantas pruebas en la pacificación de esta comarca, puso remedio a males tan graves que, por lo inveterados, parecían incurables.

Séanos permitido anotar aquí ligeros antecedentes biográficos acerca del principal protagonista de aquellas luchas, el famoso Clavero de la Orden de Alcántara don Alonso de Monroy. Hijo segundo del señor de Belvis, Almaraz y Deleitosa, de su mismo nombre, y de doña Juana de Sotomayor, hermana del Maestre de Alcántara don Gutierre, fué de rostro agraciado, aventajada estatura y fuerzas hercúleas. Parco en la comida y en el sueño, incansable en el trabajo, a su extraordinaria pericia en el arte militar unía una actividad y un valor asombrosos. Su espada y su lanza apenas podían ser manejadas por los demás. Siempre el primero en acometer y ocupar los sitios de más peligro y el último en retirarse del campo de batalla. Le granjearon estas cualidades y la generosidad con sus soldados gran popularidad entre los hombres de armas. Sus hazañas, cantadas en los romances, fueron el espejo en que se miraron

en la siguiente centuria García de Paredes, Pizarro, Hernán Cortés y otros muchos que dieron tanta fama a Extremadura en América, Flandes y Filipinas.

Quedó sin padre cuando apenas contaba trece años y su tío don Gutierre de Sotomayor, que gobernó la Orden desde 1431 a 1455, le llevó en su compañía. Allí se adiestró en el manejo de las armas, que tan alto renombre habían de darle, e ingresó en la Orden de Alcántara.

Se encendió la lucha entre estas dos poderosas familias con el siguiente motivo: El Maestre de Alcántara don Gómez de Cáceres y Solís en 1464 casó a su hermana doña Leonor con el caballero trujillano Francisco de Hinojosa. Tuvieron lugar las bodas en Cáceres con grandes fiestas y juegos, acudiendo a ellas mucha nobleza extremeña. Sabido esto por el Clavero, que a la sazón estaba en Montánchez, vino luego a Cáceres. El día anterior a los juegos de cañas propuso el Maestre a los caballeros que luchasen, costumbre entonces muy usada. El Clavero era de los que más se distinguían y nunca luchaba sino con una mano, teniendo la izquierda atada atrás, y aun de esta manera nunca se hallaba quien le derribase. Aunque todos deseaban verle ninguno se atrevió a provocarle, fuera del novio, que era valiente en extremo. Ante los ruegos de éste se excusa el Clavero, pero instado por el Maestre contestó que lo haría, pero sólo con una mano en la forma de siempre. A esto replicó Hinojosa «que con tal ventaja, con Héctor que fuera, no lucharía», quedando muy corrido y enojado, y mucho más los hermanos del Maestre.

Al día siguiente salieron a jugar cañas y tenían puestos unos tablados muy altos para que los caballeros tirasen varas sobre ellos. Y como todos las hubiesen tirado, el Clavero tomó una lanza jineta y poniendo piernas al caballo la arrojó por encima de los tablados. Causó admiración a todos tanta fuerza y destreza y aumentó la enemistad y envidia de los hermanos del Maestre y de Hinojosa, hasta el punto de concertar la muerte

del Clavero. Se encargó de ello Hinojosa, tirando dos o tres cañas a don Alonso, cara a cara, y una de ellas le dió cerca de un ojo. Apercebido el Clavero de tan ruín intención le tiró otra que, después de abollar el casco, le hirió en la cabeza, cayendo desvanecido Hinojosa debajo del caballo. Juzgándole muerto acometieron con saña al Clavero. Este, a pesar de haberle cortado la adarga por tres o cuatro partes y tener herido el caballo se defendió bravamente de todos, solo con su espada, teniendo al fin que rendirse a las intimaciones del Maestre, quien con fuerte escolta le mandó preso a Alcántara, no consintiendo que le mataran en consideración a no resultar grave la herida de Hinojosa.

Don Alonso, rompiendo grillos y cerrojos y desquiciando puertas, huyó de la prisión, y con 80 lanzas y 50 peones que pudo reunir tomó el camino de Montánchez a ver si le ayudaba su cuñado el Comendador Portocarrero. Este se desentendió por juzgar la empresa temeraria.

No desmayó Monroy por esta contrariedad, y en una noche lluviosa y de viento vino sobre Azagala, y a pesar de tener el castillo para su defensa 200 lanzas le tomó por asalto, pasando a cuchillo parte de la guarnición y quedando prisioneros los demás.

Llegó la noticia al Maestre, que aún se encontraba en Cáceres, y recogiendo las tropas que pudo de allí y de Alcántara las envió a sitiar al Clavero. Este, lejos de acobardarse ante la superioridad numérica de las fuerzas contrarias, de día y de noche hacía tantas y tan valientes acometidas que llegó a cansarles.

Hemos visto antes que sólo contaba el Clavero con 80 caballos y 50 infantes, esto es, la décima parte de las tropas del Maestre, y, sin embargo, les obligó a levantar el cerco.

Creció con esto la fama de Monroy y se le unieron muchos capitanes de la comarca, quedando el Maestre tan amedrentado, que no se atrevía a impedir las frecuentes correrías

y presas de ganados que hacían en los pueblos sometidos a su obediencia. Ardiendo en deseos de acabar con él, le envió sus más valientes capitanes para desafiarse. Con tres de ellos hizo campo y les mató. Desde entonces, ya nadie se atrevía a luchar cuerpo a cuerpo con tan intrépido guerrero.

Continuó la lucha en el año siguiente de 1465 con igual encarnizamiento, y el Clavero sitió a Coria, donde estaba el Maestre y su hermano Gutierre de Solís. Se acercaba el invierno y las tropas de ambos partidos estaban fatigadas con tantos encuentros y carecían, además, de bastimentos. Vino por entonces don Enrique IV a Trujillo, y a instancias suyas, y mediando personas de uno y otro campo, se hizo la paz y reconciliación de tan encarnizados bandos. El Clavero levantó el sitio de Coria y el Maestre le dió en recompensa las fortalezas de Piedrabuena y Mayorga. Esto pasaba en Octubre de dicho año.

No tardó muchos meses el Maestre en romper las paces concertadas. Pretextando que las dos fortalezas dadas al Clavero no eran suyas sino de los Comendadores, que las tenían recibidas de la Orden, dió a éstos, a principio de 1466, 2.000 lanzas para que pudiesen recuperarlas. Merced a su vigilancia tuvo inmediato aviso de todo esto el Clavero, que estaba entonces en Montánchez, y partió con 200 de sus mejores lanzas en defensa de los castillos, sin intimidarle el rigor del invierno y las grandes lluvias de aquellos días. Llegó de noche a Piedrabuena, encontrando bien alojados a sus enemigos en las cercanías del castillo y con grandes fuegos encendidos para preservarse del frío. Al amanecer les acometió valerosamente, y, turbados con tan repentino asalto, quisieron salvarse a caballo. En ello encontraron su perdición, porque, como estaban sueltos los caballos, con el ruido y alboroto se derramaron por todas partes y no les fué fácil el recogerlos. En cambio el Clavero y los suyos venían muy en orden y les desbarataron

fácilmente; pasando muchos a cuchillo y encontrando los demás su salvación en la fuga.

De los grandes despojos que dejaron en el campo, dió parte de ellos el Clavero a los defensores de Piedrabuena, y las gracias por lo bien que se habían portado, alentándoles a seguir en adelante por el mismo camino. Pasó a Azagala a curar los heridos y prepararse para caer sobre Mayorga, que tenían también cercada los partidarios del Maestre. Estos fueron más cuerdos, pues luego que tuvieron noticia de lo ocurrido en Piedrabuena, alzaron el sitio y se fueron a Cáceres, donde estaba el Maestre.

En este intermedio se presentaron al Clavero en Azagala muchos deudos suyos con hombres de armas para ayudarle. Fueron los principales Frey Gutierre de Raudona, tío suyo y hermano de su abuelo; Luis de Chaves, uno de los principales caballeros de Trujillo, y Frey Pedro de Villasayas, comendador de Santibáñez. Recibióles muy contento don Alonso y les agasajó. Al día siguiente mandó hacer alarde, y sacando un estandarte, con su gente y la que se le había incorporado, se dirigió al castillo de Mayorga, que encontraron libre de enemigos. Lo sintió mucho el Clavero, que deseaba pelear y probar el esfuerzo de aquellos caballeros sus huéspedes y de las 100 lanzas que venían con ellos. Después de premiar a los de Mayorga por la valerosa defensa del castillo, regresaron a Azagala, donde el Clavero les obsequió con una cena espléndida.

A este tiempo llegó un correo con cartas de Lorenzo de Ulloa, Juan de Carvajal y otros caballeros cacereños, que deseaban sacudir la tiranía del Maestre.

En acabando de leer la misiva mandó ensillar el Clavero y, gozoso del viaje y de la empresa, dijo al Comendador Mayor y a Luis de Chaves, que le habían de pagar el escote de la cena, aunque fuera mucho más de lo que le debían, pues les pondría pronto en ocasión, aunque peligrosa, de ganar mucha

honra. Salieron de Azagala con 300 lanzas y 400 infantes, llegando a Cáceres al amanecer. Con ayuda de los de dentro y haciendo huir al Maestre, se apoderó Monroy de la villa, y después de ponerla a la obediencia de don Enrique IV se volvió a Azagala para proseguir la campaña contra el Maestre con el mismo tesón y acierto que en todas sus anteriores empresas.

Después de breves días de descanso, marchó desde Azagala el Clavero a Brozas, y desde allí realizó la atrevida sorpresa dada en Garrovillas al Maestre y al Conde de Alba de Aliste, que no referimos aquí por salir de los límites que nos hemos propuesto, y que pueden los lectores ver en la *Crónica de la Orden de Alcántara*.

Después de devolver la villa de Brozas al Comendador, regresó a Azagala. Esto pasaba en 1467.

En el mismo año, y aprovechando una ausencia del Maestre, el Clavero, con 200 caballos y 400 infantes reclutados en los tres castillos, cercó el inexpugnable de Alburquerque, que hacía algún tiempo había perdido el Duque don Beltrán de la Cueva, a quien se lo entregó con la villa después de conquistados, retirándose al castillo de Azagala.

En 1469 cercó el Maestre a Piedrabuena, sin poderla tomar. Continuó la lucha tan reciamente como antes y favorecido casi siempre con la victoria el Clavero. Este logró ser elegido Maestre en 1472, cuya elección se ratificó al año siguiente, al ocurrir la muerte de su enemigo don Gome de Cáceres y Solís.

Preso Monroy en Magacela por ardidés de don Francisco de Solís, que le disputaba el Maestrazgo, se suspendió la lucha durante los dieciocho meses que duró la prisión. Salió de ella mediante la intervención de Frey Juan de Soto en 1474, que entonces era Clavero, con quien concertó entregarle por su libertad el castillo de Mayorga, que don Alonso había dado a Ruy Pérez de Monroy, su sobrino, abuelo de Hernán Cortés.

Este Ruy Pérez se resistió en 1473 a entregar el castillo de

Mayorga a la Duquesa de Plasencia, despreciando el ofrecimiento que le hizo de 300.000 maravedís de renta anual. Soto exigió a don Alonso en rehenes, hasta el cumplimiento de su promesa, a su madre, su hijo don Francisco y una sobrina, hija del Alcaide de Montánchez. Soto, en 1480, puso esta Encomienda a la obediencia de don Juan de Zúñiga. Las otras ya lo estaban anteriormente y la de Piedrabuena la dió don Francisco de Solís a su hermano Pedro de Pantoja.

Luego que salió de la prisión don Alonso de Monroy, puso su espada y castillos al servicio de los Reyes Católicos, combatiendo rudamente desde 1474 a 1478 a la Duquesa de Plasencia y Condesa de Medellín, partidarias de la Beltraneja. Con sobrada razón pudo decir el docto Barrantes: «Acaso y sin acaso no ganaran el Reino, que tan feliz habían de hacer, sin este poderoso león, que defendió las entradas de Castilla, y aquí es donde encontrarán los historiadores la mayor gloria del Maestre de Alcántara (don Alonso de Monroy), robusto atleta del mayor Trono alzado en nuestro suelo.»

Desgraciadamente no perseveró en esta conducta y resentido con los Reyes Católicos porque no le ayudaban en lo del Maeztrazgo, se hizo partidario del Rey de Portugal. En 1479, después de la batalla de Albuera, se refugiaron los derrotados en Azagala, Piedrabuena y Mayorga, y desde estos castillos, que poco antes puso a la obediencia del portugués, mantenían la lucha contra los de la Reina, siendo don Alonso el que más molestias ocasionó a los pueblos leales.

Al hacerse las paces con Portugal en dicho año y renunciar definitivamente don Alonso a sus pretensiones, recibió la tenencia del castillo de Azagala con todas sus rentas. En él se encontraba en 1484, cuando pasó por allí el Rey don Fernando, camino de Andalucía. Supo don Alonso que había el Rey de descansar en una ermita no lejana del castillo y le pidió permiso para ir a saludarle. Obtenido éste, acudió al sitio mencionado con sus deudos y criados armados. Viéndoles llegar

algunos de los acompañantes del Rey, dijeron: «allí viene el gran ladrón». Apenas llegó apeóse del caballo, e hincado de rodillas besó al Rey la mano. Este le mandó alzar, diciendo: «levantáos don Alonso» y como permaneciese sin moverse, insistió el Rey: «alza Clavero». Continuó quieto, replicando al Rey que no era aquél su nombre. Entonces le dijo éste: «levantáos Maestre», e inmediatamente lo cumplió don Alonso. Estuvo hablando largo rato con el Rey y despedido afectuosamente por éste, montó a caballo sin poner el pie en el estribo, retornando a su castillo. El Rey le estuvo mirando y volviéndose a los que estaban con él, dijo: «¿éste llamáis ladrón? Dióle yo gran caballero, pues si quisiera pudiera matarnos aquí a todos a lanzadas; ahora me persuado ser cierto todo lo que de sus hazañas y valentía se ha dicho.»

Murió don Alonso en Azagala en Junio de 1511, ya octogenario y sus restos fueron trasladados al Convento de San Benito de Alcántara. Quien desee conocer más a fondo las heroicidades de este atrevido guerrero extremeño, le remitimos a Pedro Barrantes en las ilustraciones de la Casa de Niebla; Alonso Maldonado, a los hechos de don Alonso de Monroy; Fernández, Anales de Plasencia; Rades, Crónica de las Ordenes Militares; Torres Tapia, en la de Alcántara, y Gil de Ocampo, en la Historia de la Casa de Monroy, Manuscrito del Archivo Histórico Nacional, que se ocupan extensamente de él.

## **El Castillo de Alburquerque**

Reseña histórica

### III

Lino Duarte, nos cuenta a grandes rasgos la historia de este castillo. Aurelio Cabrera ha realizado con fortuna inves-

tigaciones prehistóricas, y, los dólmenes y pinturas rupestres descubiertas por tan preclaro artista nos hablan de los primeros hombres que ocuparon estos riscos también situados geográficamente para la defensa de sus habitantes.

En la época de la reconquista es cuando empieza el pueblo de Alburquerque a jugar un papel importante en la historia de España. Fernando II de León fué el que arrancó esta presea a los árabes que fué arrebatada por los almoravides y en su toma y daca en años posteriores pasó cuando a los moros cuando a los cristianos hasta su donación a don Alonso Téllez de Meneses por Alfonso III el Santo. Dice Lino Duarte que Téllez de Meneses luchó denodadamente contra los árabes, llegando a situaciones tan críticas como la que pinta a los caballeros de Santiago dispuestos a ayudarle por mandato del papa Honorio III en las duras peleas de Téllez contra los infieles.

«Don Alonso Téllez de Meneses, fué español y no portugués como alguien ha querido hacerle; asistió a la batalla de las Navas de Tolosa y casó con doña Teresa Sánchez, hija no legítima del Rey de Portugal Sancho I y de doña María Paez de Rivera. El cadáver de don Alonso fué sepultado en el Monasterio de Palazuelos.

Señores de Alburquerque, después de don Alonso Téllez; fueron don Juan Alfonso, de Alburquerque; de éste a su vez, fué hijo otro don Juan Alfonso, que casó con doña Teresa, hija pura de matrimonio de don Sancho IV de Castilla; éste fué el Conde de Barcelos, título que le concedió don Dionisio de Portugal.

Es seguro que aunque no la cita Lino Duarte en su trabajo conocerá la Carta (1) de Don Juan Alfonso de Alburquerque, al Alcalde de Alburquerque Ferrand de Camaño, fechada en Medina del Campo en 1291, Noviembre 15, para que obliguen

---

(1) Solano, op. cit., f. 351 v. Ms. 2928. B. N.)

a los terceros de aquel lugar y a los de Codosera y Benavente a rendir cuentas al Obispo de Badajoz de los derechos que tienen en ellos.

Hija de Don Juan Alfonso, Conde de Barcelos, fué doña Teresa, que casó con don Alonso Sánchez, hijo ilegítimo de Don Dionisio de Portugal, que fueron señores de Alburquerque y quienes mandaron reedificar el castillo.

De esta reedificación quedan dos elocuentísimos testimonios, como son las lápidas que estuvieron colocadas en las puertas allí llamadas de Alcántara y de la Villa (puertas de la antigua población amurallada).

Dichas lápidas dicen así:

ERA MIL TRESCIENTOS CATORCE, CVATRO DIAS AGOSTO FOI COMENCADO ESTE CASTILLO, DALBOQVERQUE POR DON ALONSO SANCHEZ SENHOR DESTE LOGAR.

La otra, mucho más expresiva y más detallada, dice lo que sigue:

EN NOME DE DEVS AMEN EV ALFONSO SANCHEZ SENHOR DALBOQRQ MANDEI COMENCAR ESTA LABOR F.QRTA QVATRO DIAS ANDADOS DAGOSTO DA ERA MIL E TRESCIENTOS E CATORCE ANOS, O QVAL LABOR PLACERA A DEVS QVE SEIA SEMPRES AO SEV SERVICIO EA ONRA DE DEVS E DE SANTA MARIA SV MADRE EA ONRA DE MEV CORPO E ENDERECAMENTO DE MINHA FACENDA QVE TODAS LAS COSAS QVE A DEVS SON FEITAS TODAS ADEANTE EL SON TODAS HAN DE FENECER E POR ENDE PLACERA QVE HAIA BOA GLORIA EL MAESTRO CANTERO QVE FIZO ESTE CASTILLO.

El castillo, asentado sobre una ingente serrata, ocupa la parte sur de Alburquerque, extendiéndose la población hacia el norte; rodeaba al antiguo caserío (silla de adentro) una enorme muralla con tres puertas, todas mirando al norte, que se

llaman de la Villa, de Alcántara y de Valencia de Alcántara. Las tres existen.

Tenía además un postigo a la terminación de la calle de Rocha. Está bastante bien conservado, aunque en la parte que mira hacia el este, se nota perfectamente la parte de edificación que falta, por haber volado un polvorín que allí existió.

Tuvo dentro del recinto murado, en una plazoleta, una iglesia que fué matriz de Alburquerque, llamada Nuestra Señora del Castillo, y que al desaparecer de ella el culto, sus imágenes fueron trasladadas a Santa María del Mercado, en la que se conservan las santas reliquias que don Juan Alfonso de Alburquerque regaló a la iglesia del castillo (estas santas reliquias se veneran dos veces al año: una el día de Santa Mónica, en conmemoración de la voladura del polvorín, que pudo haber derruido toda la población y que sólo causó algunas víctimas, y otra el día de la Ascensión, en que se bendicen los campos).

Este castillo fué considerado siempre como inexpugnable; lo sitió infructuosamente don Pedro I para vengar las ofensas que decía tener de su antiguo ayo y favorito don Juan Alfonso de Alburquerque. Fué nuevamente sitiado por don Alvaro de Luna, enemigo irreconciliable de los infantes de Aragón don Enrique y don Pedro, primos de don Juan II, teniendo también que levantar el sitio porque la empresa era superior a sus fuerzas.

El Rey don Juan de Portugal mandó a su célebre condestable don Nuño Alvarez Pereira, el héroe de Aljubarrota, que invadiese a Castilla en son de guerra y así lo hizo éste a fines de 1397 al frente de 700 lanzas y 4.000 soldados a pie, con los que se apoderó de la plaza de Alburquerque.

Ya en la época del impotente Enrique, que concedió la villa y su fortaleza a don Beltrán de la Cueva, con título de Duque, para pagar así su deshonra, un alcaide del Duque, Juan Torres, se rebeló contra él y para captarse la amistad de

don Beltrán, el intrépido y ambicioso don Alonso de Monroy lo sitió durante varios años sin lograrlo y sólo pudo tomar la villa por una traición; pero no así el castillo, que hubo de entregar Torres mediante una vergonzosa capitulación para el Duque, en que intervino como fiador el Rey de Portugal.

Por «avenencia malsonante» de un gobernador (palabras de autores de todo crédito) fué tomado Alburquerque el año 1705 por los portugueses, que le retuvieron en su poder hasta 1716 en que fué devuelto a la corona de España cuando terminó la guerra de sucesión con motivo de la muerte de Carlos II.

Durante la guerra de la Independencia, este castillo fué ocupado por numerosa guarnición, estando fortificado para cualquier evento.

Hasta hace pocos años, tuvo la Plaza su Gobernador militar; pero posteriormente, el ramo de Guerra, a que pertenece, tuvo a su cuidado un conserje. Por recientes disposiciones, ha sido entregado al Ministerio de Hacienda.»

En el catálogo monumental de la Provincia de Badajoz el erudito arqueólogo señor Mélida hace una descripción detallada del castillo de Alburquerque:

«Se alza sobre un cerro, como vigía defensor de la ciudad, al sur, enlazando con el recinto amurallado de la misma, y es uno de los más importantes de la provincia. Obra excelente de fortificación medioeval, y con pocas reconstrucciones modernas, consta de cuatro recintos, escalonados en la vertiente del norte por donde tiene la entrada desde la población. Por la parte del sur la vertiente del cerro es muy escarpada y alta, desde el río, pero hay sin embargo otras cuatro líneas de defensa más separadas. La fortificación se extiende de este a oeste. En la muralla más baja, de torres cuadradas, se abre al costado occidental la entrada, que por medio de una galería a modo de mina, en cuarto de círculo, abovedada, comunica con el primer recinto. Quien entrara tiene que caminar a la izquierda para encontrar

un baluarte flanqueado por dos torres redondas y junto a la primera de éstas u occidental encontrar la segunda puerta. Pasada ésta nuevamente hay que caminar hacia la izquierda para hallar la siguiente y tercera, frente a la cual y para su defensa se alza en la cuarta línea de muralla una torre redonda. Caminando aún hacia la izquierda, esto es, de modo que el invasor tuviese forzosamente que presentar a los defensores, apercebidos en la muralla, el lado contrario a aquel en que llevaban el escudo, se logra llegar a la puerta del último recinto, que se abre al extremo suroeste de la fortaleza junto a una torre cuadrada, de ángulo. De este modo está facilitada la subida y escalonada la defensa. Hállase en el último recinto, a la parte oriental la plaza de armas. En ella, a la derecha, o sea al lado septentrional, hay una capilla, y al fondo se alza, dominando toda la fortificación la torre del homenaje, que es altísima, cuadrada de piedra. Al lado se ve una puerta gótica, que mira al oriente, ostenta encima un blasón (se supone de Don Alvaro de Luna) consistente en la cruz de Santiago dentro de una media luna en menguante y cuatro conchas en la Cordura con dos grifos tenantes. Esta puerta, correspondiente a un cuerpo de construcción adicionado a la torre y por ella defendida está al fondo de un angosto paso entre la torre y la capilla. Mide la torre 13'64 metros por lado y en su muro oriental tiene esculpido el mismo blasón antedicho. El cuerpo adicional da salida a un último recinto occidental y subida a una terraza de 34'80 metros de longitud, que se extiende sobre la capilla. Por la terraza únicamente tiene entrada la torre. En ella hay cinco pisos, los dos inferiores con bóvedas de ladrillo, de rosca, y en el superior tres cámaras, una grande, al mediodía y dos al norte, la más espaciosa con chimenea, las tres con bóvedas de crucería. Comunica esta gran torre con la torre albarrana o sea la que forma la extremidad occidental de la fortaleza por medio de una especie de puente sustentado por un gallado de arco apuntado, hoy cortado, de 6'60 metros

de luz, que se alza en el dicho último recinto. Toda la construcción es de mampostería y piedra de sillería, siendo la parte mejor la torre del homenaje. En ella encontramos por signos de cantería media luna y compás. A la parte norte de la gran torre otra pequeña encierra la cisterna. Ante el segundo recinto antedicho hay foso y en la puerta las argollas de hierro del puente levadizo. En una de las torres cuadradas que miran al norte hay un escudo esculpido con tres barras y Cordura delises.

Dentro del recinto hay una iglesia o capilla del castillo llamada de Nuestra Señora de las Reliquias. La puerta es un sencillo arco apuntado. Consta de tres naves separadas por pilares cruciformes, con columnas adosadas de poca altura, robustas y con capiteles formados por sexifolias y con frutos. Los arcos son de medio punto fecetados. Dividen la nave mayor en tres tramos. La lateral del Evangelio es de medio cañón. La capilla mayor es absidal, con bóveda de crucería. Debe datar esta curiosa capilla del siglo XIII, como indica su estilo románico de transición. Estuvo dedicada a Santa María. En la nave lateral izquierda hay un hueco sepulcral de media puerta, sus dovelas decoradas con estrellas pintadas y encima un tablero esculpido con escudo de cinco lirás y corona de conde.

\*\*\*

#### La emoción del castillo

Hay muy distintas maneras de ver las cosas. Lino Duarte ve el castillo de Alburquerque a través de la Historia. El Arqueólogo señor Mérida observa su construcción y estado actual. Mérida es un viejecito menudo, arriscado, optimista. Va y viene por toda la provincia de Badajoz. Coje en sus manos

un cáliz antiguo. Lo mira y lo remira. Tal vez ha hecho una exclamación. Toma unas notas. En otra iglesia contempla un cuadro. Se acerca, se aleja y después de admirarlo, escribe en su cuadernito de apuntes unas líneas. Llega a Albuquerque. Se interna en los muros de la fortaleza. Sigue a la derecha, torna a la izquierda. Penetra bajo una puerta ojival. Mide a pasos breves un lienzo del adarve. Calcula su altura. Entra. Sale, como un gnomo. Y, por fin, se despide de sus acompañantes. Va deprisa. Lleva una misión oficial: la de catalogar los monumentos de la provincia. Cumple con puntualidad sus deberes.

Mélida no ha subido a la torre del homenaje, ni ha contemplado este paisaje que se abre a los ojos del alma en amplísimo horizonte espectacular. Así escribe Mélida de prisa: «El castillo de Albuquerque se alza sobre un cerro.» Con más evocadora visión dice el señor Duarte: «El castillo asentado sobre una ingente serreta.» Hay que abarcar los picachos de esta serreta, envolver la mirada en este oleaje de ondulaciones que son olas cabalgando. Hay que acariciar las blanqueadas casas góticas, adosadas con fiera humildad a los pies de la fortaleza. Hay que descolgar la mirada otra vez hacia las hondonadas del valle y hay que lanzarla ahora a los lejanísimos horizontes de Portugal y especialmente a la llanura guadianesca donde se adivina la ciudad de Badajoz. Solo así podemos darnos cuenta de la emoción retrospectiva de estos campos de Extremadura, donde las Ordenes Militares de Alcántara y de Santiago plantan sus primeras tiendas roqueras, siguiendo tal vez la inspiración de los romanos, que construyen fuertes pequeños con objeto de cubrir las calzadas a lo largo de sus rutas militares. Lo mismo que Carlomagno utilizara las fortalezas para mantener en la obediencia los países que había conquistado, así estos caballeros, aferrados al dominio del terreno que conquistaban al enemigo, plantaban sus castillos en las cumbres de estas montañas «en honra de Dios y de

Santa María su madre y en honra de sus cuerpos y enderezamiento de sus haciendas», como reza una de las lápidas del castillo de Albuquerque. (1)

Esta ingente fortaleza de Albuquerque inexpugnable representa una obra de fortificación tan complicada que recuerda a las de la liga anseática, que llaman la atención en la historia medioeval por su grandeza. Así como el castillo de *Mariembourg* en la Prusia Occidental y la fortificación de *Kokenhusen* sobre la Dvina, dan una idea de los talentos de la Orden teutónica con relación al arte de fortificar, el castillo de Albuquerque refleja el valor y la competencia constructora de las Ordenes militares.

Y no se quiere decir con esto que fuese exagerada la fortaleza de Albuquerque, ni aun la de toda esta línea defensiva entre el Tajo y el Guadiana, para los fines que cumplieron tan a la perfección. No se parecen nuestros caballeros al Obispo de Treves, que para preservar un rebaño levantó alrededor de una colina «treinta torres». Eran extensos los dominios y muy codiciados los intereses que nuestros antepasados tenían bajo

---

(1) Entre Albuquerque y Valencia de Alcántara—según referencias de don Publio Hurtado—, en la vía romana de *Albuquerque* a *Meidobriga* y *Julia Contrasta*, existía una heredad llamada Carballar del Maestre, que más tarde se denominó «Asiento de Topete». Sin duda debió ser una torre defensiva.

En ella el Maestre de la Orden de Alcántara don Juan de Sotomayor edificó en el segundo tercio del siglo xv un monumental palacio y sólida fortaleza con materiales romanos procedentes de las ruinas de las dos últimas poblaciones antes citadas.

El castillo de Mayorga—según Escobar—situado en el millar del Gavilán, cerca de la Ribera de Alcorneo, en el Pico de Juan Yáñez, fué demolido por los portugueses el 4 de Junio de 1664, a su paso por allí a las órdenes del Marqués de Marialva. Más afortunados entonces, Piedrabuena y Azagala apenas sufrieron daños, y lo mismo en 1705, en que fueron ocupados por el Marqués de las Minas, general de ejército del Archiduque y sus aliados.

su custodia y en relación al valor económico de las encomiendas que defendían así eran los baluartes que levantaban.

A fines del siglo XI y en el último tercio del XII, Africa envió sobre España—dice un historiador contemporáneo—dos oleadas de fanáticos bereberes del Senegal y del Atlas, encendidos por el más feroz entusiasmo religioso de dos nuevas y sucesivas sectas islamitas. Sin los reinos cristianos, que corrieron gravísimo peligro y fueron repetidamente derrotados en Zalaca, en Velés y en Alarcos, pero que al cabo vencieron en las Navas en 1212, Francia hubiese tenido que contener la invasión dentro de sus fronteras, Europa que verter sus enemigos frente al Islam occidental y no se habrían realizado las Cruzadas ni dado trascendentes frutos en el desenvolvimiento europeo.

Alburquerque y Valencia de Alcántara con el castillo de Azagala, el de Piedrabuena y el de Mayorga constituyeron uno de los más gloriosos baluartes de Extremadura.

Contribuyeron eficazmente en aquella época a los avances hacia el sur de la reconquista—«a fines del siglo XI se ganó la línea del Tajo; a principios del XIII, la de Sierra Morena y hacia mediados de este siglo el valle del Guadalquivir». Así se fué organizando Castilla «en la cumbre una monarquía poderosa; en el centro, un pequeño número de grandes señores, jurídicamente en estrecha subordinación de realeza, y en la base una masa enorme de pueblo, integrada por los habitantes de los municipios y por los hidalgos que, aunque nobles, al cabo pueblo eran».

Este panorama cambió cuando se ganó la Mancha, Extremadura y más de la mitad de Andalucía. «En efecto, en primer término, las tierras conquistadas tendía geográficamente a la gran propiedad, estaban habitadas por sarracenos cuando las ocuparon los cristianos y entre éstos existía ya entonces una casta militar relativamente poderosa, una nobleza organizada. Hacia la misma época desapareció asimismo el peligro islamita;

surgieron, una detrás de otra, dos largas querellas dinásticas; al detenerse por siglos el avance hacia el sur, se cerraron las fronteras por otro tanto tiempo. Y como corolario de estos hechos geográficos, sociales y políticos, la nobleza se enriqueció fabulosamente, mientras la monarquía perdió para siempre, en los siglos medios, la posibilidad de reponer su erario y se debilitó en ocasiones hasta la impotencia.»

La línea estratégica entre el Tajo y el Guadiana perdió también su primitiva dirección bélica de norte a sur y al separarse España y Portugal, amenazado el flanco español por esta parte, quedaron para la defensa de la frontera portuguesa en primera línea Badajoz y Alcántara y los castillos de Alburquerque y Valencia de Alcántara.

Desde los primitivos hombres ocultos en las cuevas trogloditas de Alburquerque, por su situación geográfica primero y después por las vicisitudes de la historia, no ha perdido hasta los últimos momentos su valor militar la fortaleza de Alburquerque, como un guerrero octogenario.

Esta es una de las causas de su buena conservación después de las restauraciones del siglo XIV, el haberlo habitado tantos siglos. Así ha podido librarse tan evocador recinto, a pesar de sus dolorosas cicatrices, de las injurias que han sufrido sus hermanos, convertidos hoy en cementerios, plazas de toros, corrales o nidos de águilas y vencejos o aquellos otros que sin dejar rastro pasaron ya a mejor vida.

## El Castillo de Piedrabuena

El viajero y la historia

### IV

Al ir desde Badajoz a Valencia de Alcántara, aparece el muro natural de montañas de suave relieve donde se asientan

los castillos de Alburquerque y de Azagala encaramados en magnífica actitud agresiva sobre las cotas más elevadas de estos riscos. Pasada esta primera línea entrambas fortalezas y en lugar equidistante de la retaguardia, ya en terreno llano, se esconde el castillo de Piedrabuena entre nobles encinares.

Causa gran sorpresa al viajero inadvertido, como a nosotros, asomarse de repente a esta mole de piedra en un altozano, que nuestra imaginación soñara agrietada, derruída, carcomida y amarillenta, para mirarla con enojo, nueva, pulida, brillante, como recién salida de las manos del bélico arquitecto medioeval. Las desilusiones nacen de la discordancia entre lo que vemos y soñamos. Ibamos poseídos del triunfo de la Naturaleza sobre el Espíritu porque en las ruinas «las fuerzas puramente naturales comienzan a enseñorearse de la obra del hombre». Ya dice Jorge Simmel que este desplazamiento del fiel se resuelve en una tragedia cósmica que envuelve, a nuestros ojos, toda ruina en las sombras de la melancolía. De aquí, sin duda, el que los espíritus románticos del siglo XIX apetiesen con tanta delectación, la visita a las ruinas arquitectónicas.

Y así nos sucedió a nosotros. Marchábamos en busca de la visión del castillo de Piedrabuena, puesto el registro emotivo en la graduación romántica—un poco retrasado—y topamos con un edificio recién concluído, y, en el que imperaba el gusto del restaurador sobre las fuerzas destructoras de la Naturaleza. Esta fué la confusión en que nos vimos envueltos, capaz de decepcionarnos hasta el punto de que nos creíamos dueños de un engaño manifiesto. Y esta fué la causa de que aquellos torreones perfilados, ventanales pulidos, arcadas góticas, remozadas, limpias galerías, balaustradas relucientes y lindo almenado, nos pareciera una falsa decoración, construída de innobles materiales para proyectar el castillo en una cinta cinematográfica.

Ante aquel espectáculo de piedra recién labrada—piedra buena, desde luego—era difícil retrotraer la imaginación a los

tiempos pretéritos, y, evocar, como ante las ruinas auténticas, fundidas al paisaje, del Castillo de Azagala o de Alburquerque, el alma de nuestros antepasados. Imposible soñar con los bizarros Maestros de la Orden de Alcántara que allá en el siglo XIII se apoderaron de estos lugares estratégicos para defender sus dominios contra las apetencias agresivas de los moros. De las 133 lanzas que la Orden ponía al servicio del Rey contra los moros correspondían seis lanzas al Comendador de Piedrabuena.

Y sin embargo, era preciso tomar el hilo de la historia recordando como estos intrépidos cristianos convencidos de los escasos resultados prácticos «de las correrías llevadas a cabo en el territorio extremeño durante los siglos precedentes por las tropas castellanas y leonesas que recogían ciertamente no escaso botín y quebrantaban las fuerzas del contrario, pero concluían por retirarse, licenciando un ejército y dejando los pueblos sometidos a sangrientas represalias y a nueva y más dura esclavitud» decidían aposentarse en él. Era preciso pensar que aquellas costumbres bélicas íbanse trocando por otras más pacíficas y los caballeros de las Ordenes necesitaban dominar y *poseer* las tierras para mantenerse.

Así surgieron estas fortalezas de Mayorga, Piedrabuena y Azagala que apoyasen a las casi inexpugnables de Alburquerque y Valencia de Alcántara y a otras de enlace más pequeñas que hoy han desaparecido. Este pensamiento se completó con la red defensiva y ofensiva de torres y castillos y casas fuertes entre Tajo y Guadiana, impidiendo—como afirman los historiadores—para siempre el retroceso de los árabes al terreno conquistado, protegiendo aquel formidable avance de nuestros ejércitos hasta repasar el Guadiana en la primera mitad del siglo XIII.

Según afirma don Eugenio Escobar, la primera vez que en documento público se cita a Piedrabuena es en la Concordia entre el Obispo de Coria y la Orden sobre jurisdicción, la que

fué otorgada en Cáceres a 4 de Junio de 1257. Pero hay que notar que en esa fecha, además de los castillos, constituía cada uno de ellos pueblo con iglesia y Concejo.

«Pocos años más tarde se suscitaron contiendas sobre división de términos entre la Orden y Badajoz, pretendiendo el Concejo de ésta que estaban en su territorio Piedrabuena, Azagala y Mayorga, y las sierras de San Pedro y San Mamed. Sometido el litigio a don Alonso el Sabio, decidió en Sevilla a 14 de Abril de 1264 que Azagala quedase sujeto a Badajoz y el resto a la Orden.

En 1270, don Fernando de Portugal se apoderó de Alcántara y Valencia, y es verosímil que extendiese a estos castillos su dominio.

Según asegura el mismo historiador, desde fines del siglo XIII, figura como Encomienda Piedrabuena. «Acude su Comendador Gonzalo Rodríguez (1) en 1300 con sus mesnadas a los campos de Carmona y Tarifa. Tardó algunos años más Mayorga en aparecer Encomienda, por haber estado incorporada a la de Valencia de Alcántara.

Don Gonzalo Martínez de Oviedo, Despensero mayor de la casa del Rey, obtuvo el Maestrazgo de Alcántara en 1337.

---

(1) Además de éste, en los siglos XIV y XV, se tiene noticia de los siguientes Comendadores, quienes tenían obligación de acudir con seis lanzas al Maestre en tiempo de guerra:

#### SIGLO XIV

Fr. Ray Fernández  
Fr. Diego Alfonso  
Fr. Pedro Malfeito  
Fr. García Pérez  
Fr. Lope Fernández Escaño  
Fr. Rodrigo Alvarez de Fuencirio  
Fr. Juan Alvarez  
Fr. Suero Perero  
Fr. Alfonso Díaz

#### SIGLO XV

Fr. Manuel González de Vergara  
Fr. Gil García de Raudona  
Fr. Diego de Soria  
Fr. Juan de Salazar  
Fr. Pedro de Herrera  
Fr. Antonio Bravo de Jerez

Fué muy celoso por el bien de la Orden y prestó, además, grandes servicios a don Alfonso XI, en cuya Corte, y formando parte de su Consejo, residía casi siempre. Venció a los moros en las gloriosas jornadas de Ronda y Arcos, y el Rey le dejó por Caudillo de la frontera durante todo el año siguiente.

Resentida con Martínez de Oviedo doña Leonor de Guzmán, por no prestarla éste ayuda en sus intrigas cortesanas, sino más bien contrariarla, se dió maña para malquistarle con el Rey y quitarle la privanza de que gozaba. Se le acusó de traidor y de querer someterse con los castillos de su Orden a la obediencia de Portugal. Llamado a la Corte se excusó de acudir temeroso de algún atropello, y abandonando a Jerez se vino con la gente que tenía a Morón, que era de la Orden, y después de allí a Valencia de Alcántara, en cuyo castillo se hizo fuerte con la esperanza, dicen algunos cronistas, si las cosas no mejoraban, de poder internarse en Portugal. Cruzáronse varias cartas entre el Rey y el Maestre sin llegar a una avenencia. Irritado el primero con todo esto, y azuzado por los enemigos del Maestre, se vino por Talavera y Almaraz a Cáceres. Convocó inmediatamente a los Concejos de la comarca, y con sus tropas marchó a Valencia a sitiar la fortaleza. Después de recia lucha y frecuentes conferencias, requerido el Maestre a que se rindiera, fiado de su inocencia y de los grandes servicios prestados en la guerra, se allanó a obedecer al Rey. Bajó de la torre del homenaje, la única que le había quedado, y cubierto con las banderas y estandartes que poco antes había ganado a los moros, echóse a los pies del Rey implorando su clemencia. Este, arrebatado de cólera, mandó a don Alonso Fernández Coronel que le llevase a la plaza de la villa para ser degollado, e inmediatamente se dió cumplimiento a tan sanguinario decreto. El Rey dió el castillo al nuevo Maestre don Nuño Chamizo y, acompañado del mismo, fué a recobrar los castillos de Alcántara, Piedrabuena y Santibáñez, que

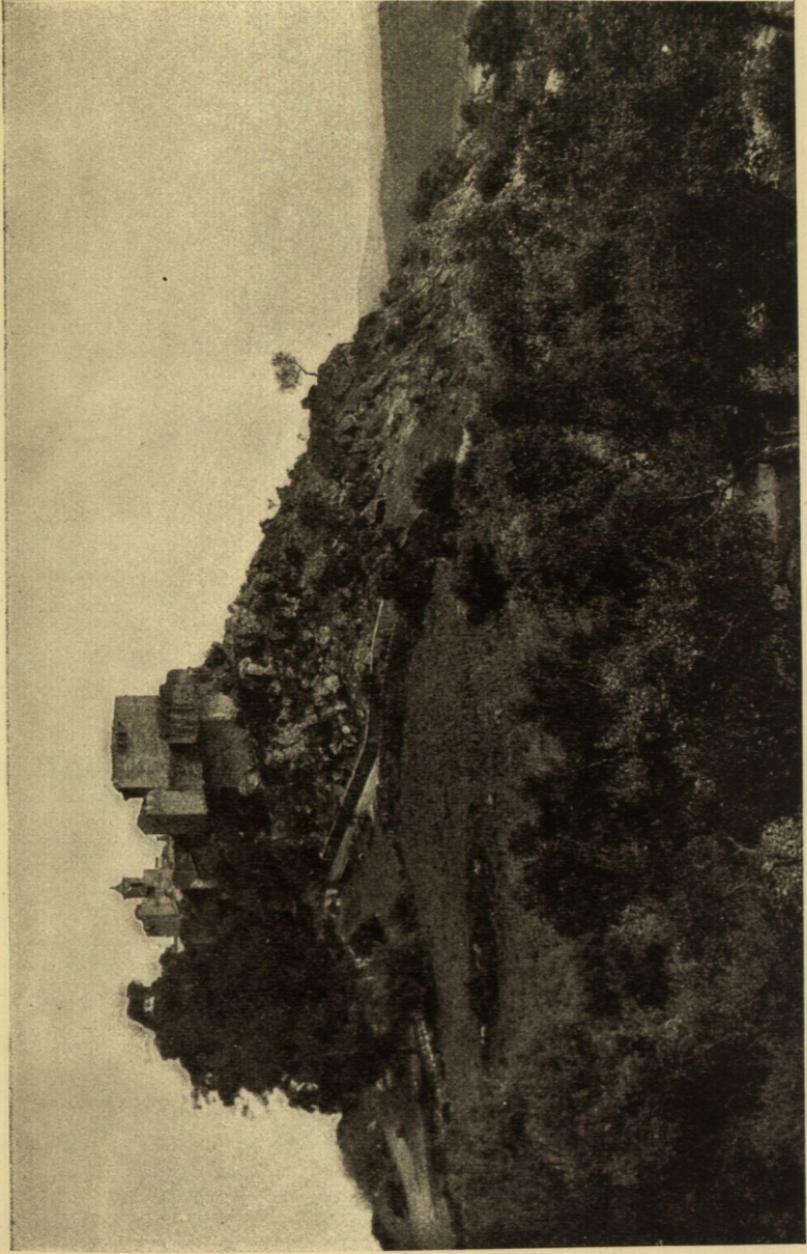
estaban por el desgraciado don Gonzalo. No opusieron la menor resistencia, y el Rey dió personalmente la posesión de ellos al Maestre Chamizo. Tuvieron lugar estos sucesos a fines de 1339 o principio de 1340.

No mereció ciertamente en esta ocasión y en algunas otras don Alonso XI los títulos que le adjudica un cronista de «muy alto et muy noble, et mucho honrado, et muy famoso, et bien aventurado et virtuoso Rey», siquiera resultasen ciertos los planes que se atribuyen al desgraciado Maestre, de andar en tratos con el Rey de Portugal.

De los Comendadores de Piedrabuena solamente haremos especial mención de uno de ellos, en consideración a los muchos años y al celo con que gobernó este castillo. Se llamó don Antonio Bravo de Jerez. Siendo todavía niño en 1489, le dió el Maestre don Juan de Zúñiga esta Encomienda, por ser sus padres y familia de los más allegados y mejores servidores de su padre el Duque de Béjar. Su escudo campea en varios sitios del castillo. En 1513 era Visitador de la Orden y fundó en San Benito de Alcántara una grandiosa capilla donde está enterrado. Valencia de Alcántara le debe un Pósito creado en 1560 «en descargo de su conciencia por los perjuicios y daños que habían sufrido las senaras de los vecinos de dicha villa, de los ciervos, gamos y otros animales silvestres procedentes de su Encomienda».

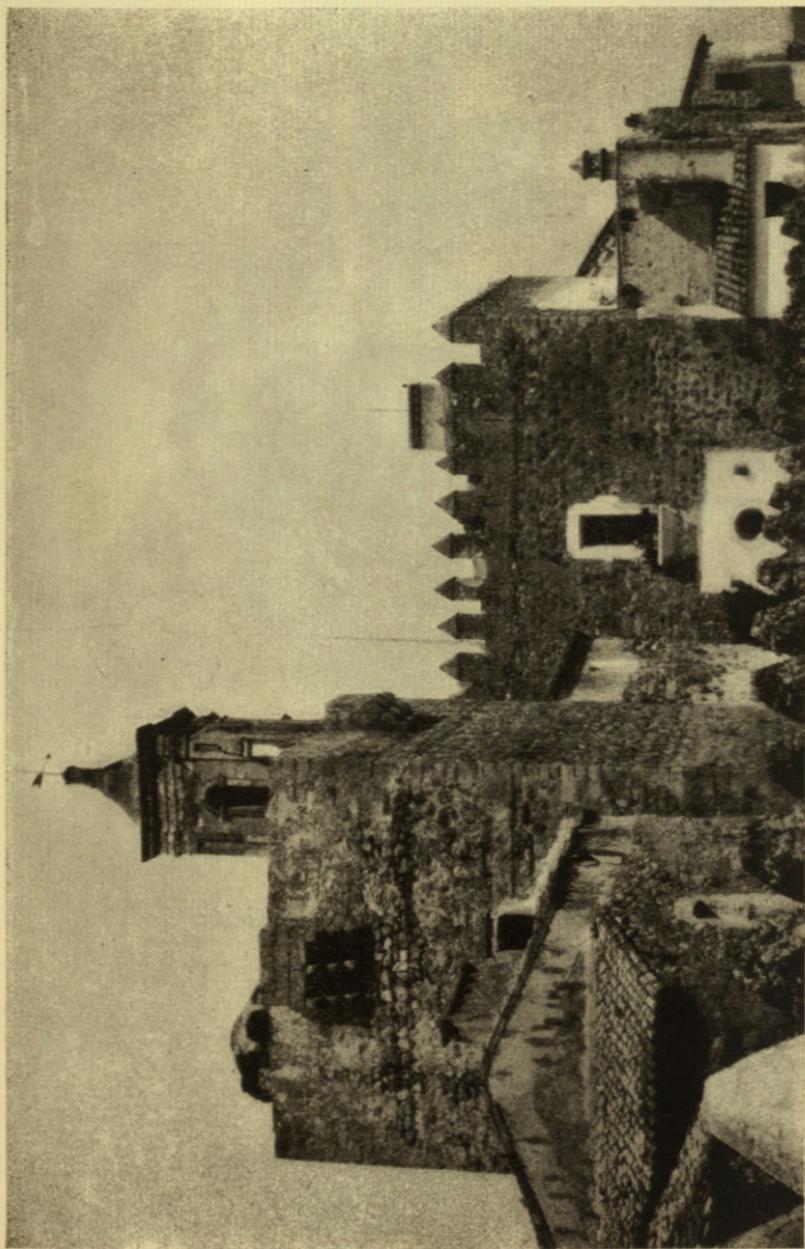
ENRIQUE SEGURA.

---



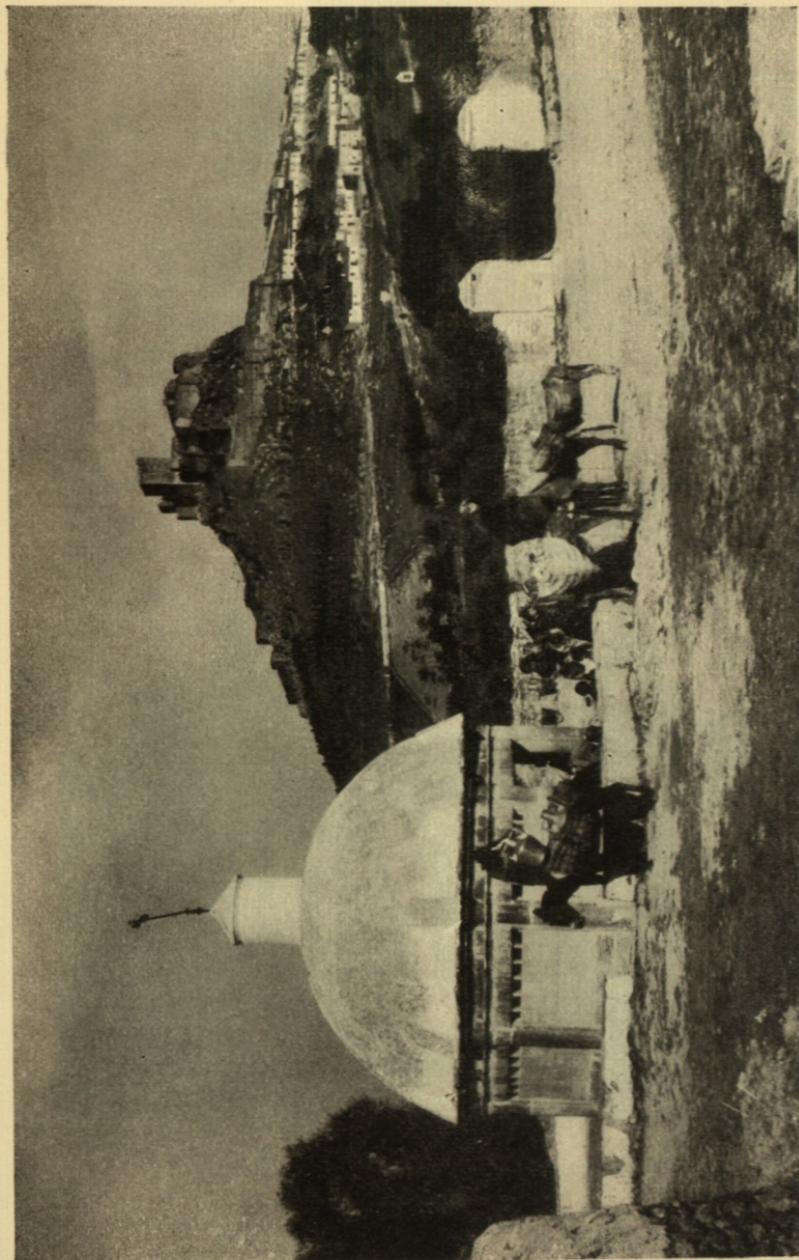
NÚM. I.—*Badajoz*.—Vista del Castillo de Azagala.

(Fot. Garroena).



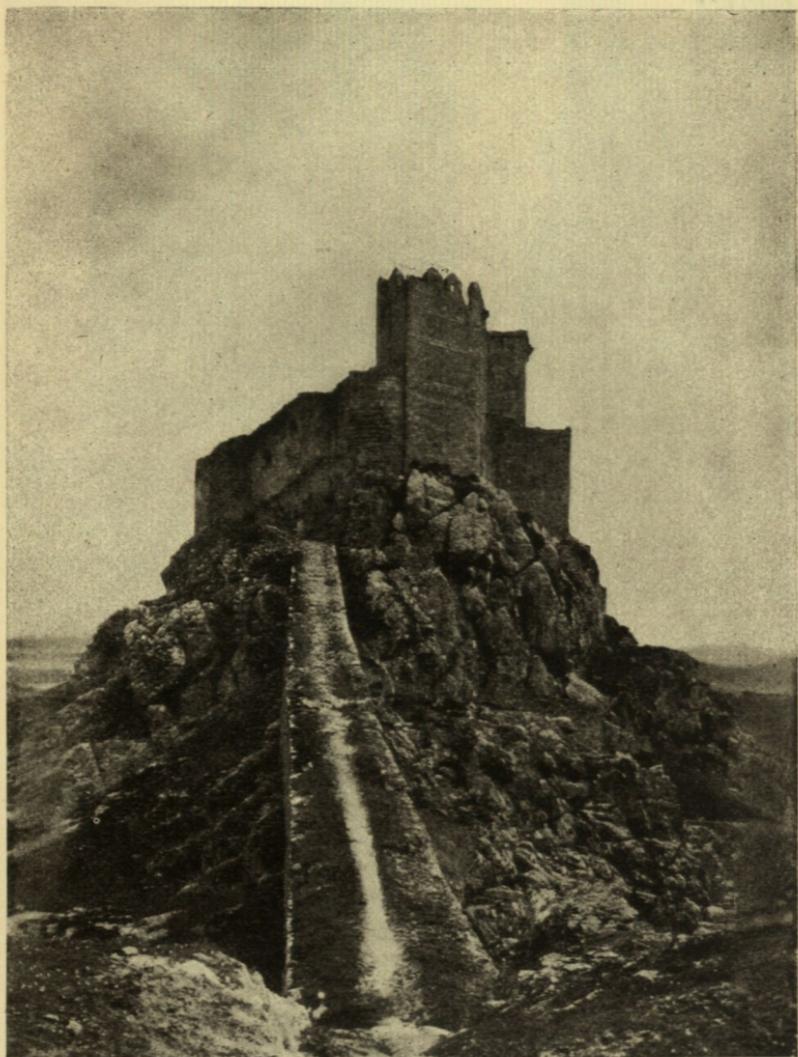
Núm. 2.—Badajoz.—Castillo de Azagala.

(Fot. Garrorena).



Núm. 3.—*Badajoz*.—Vista del Castillo de Alburquerque.

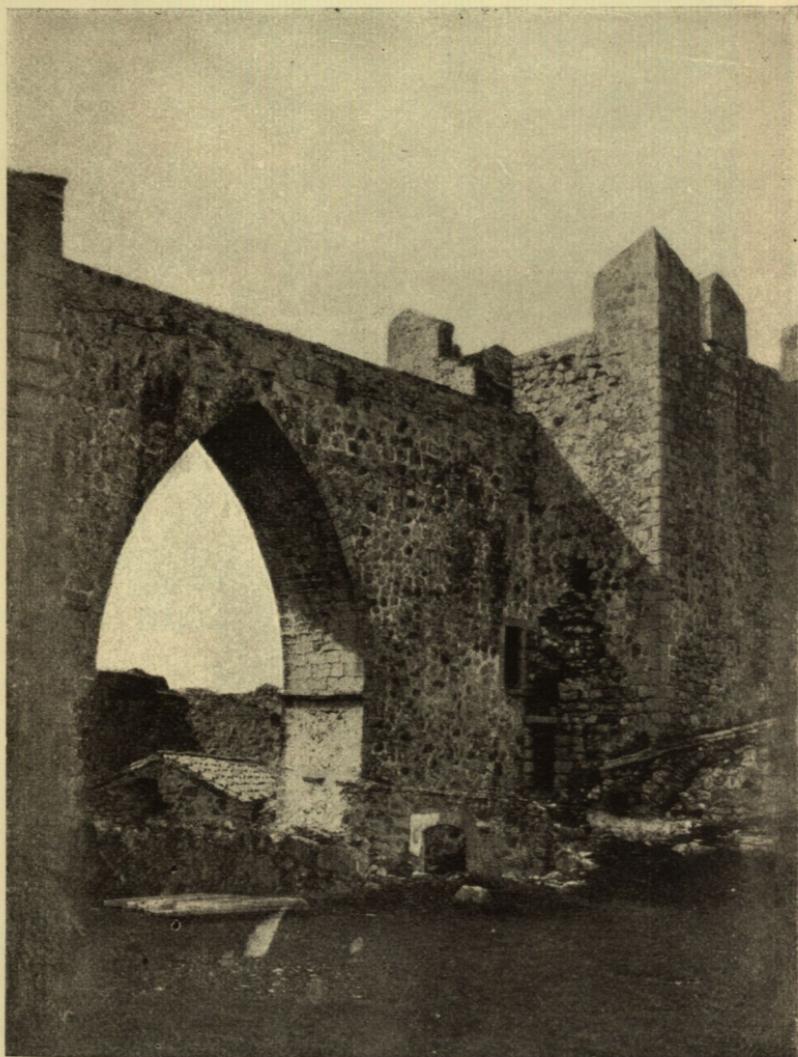
(*Fot. Garrarena*).



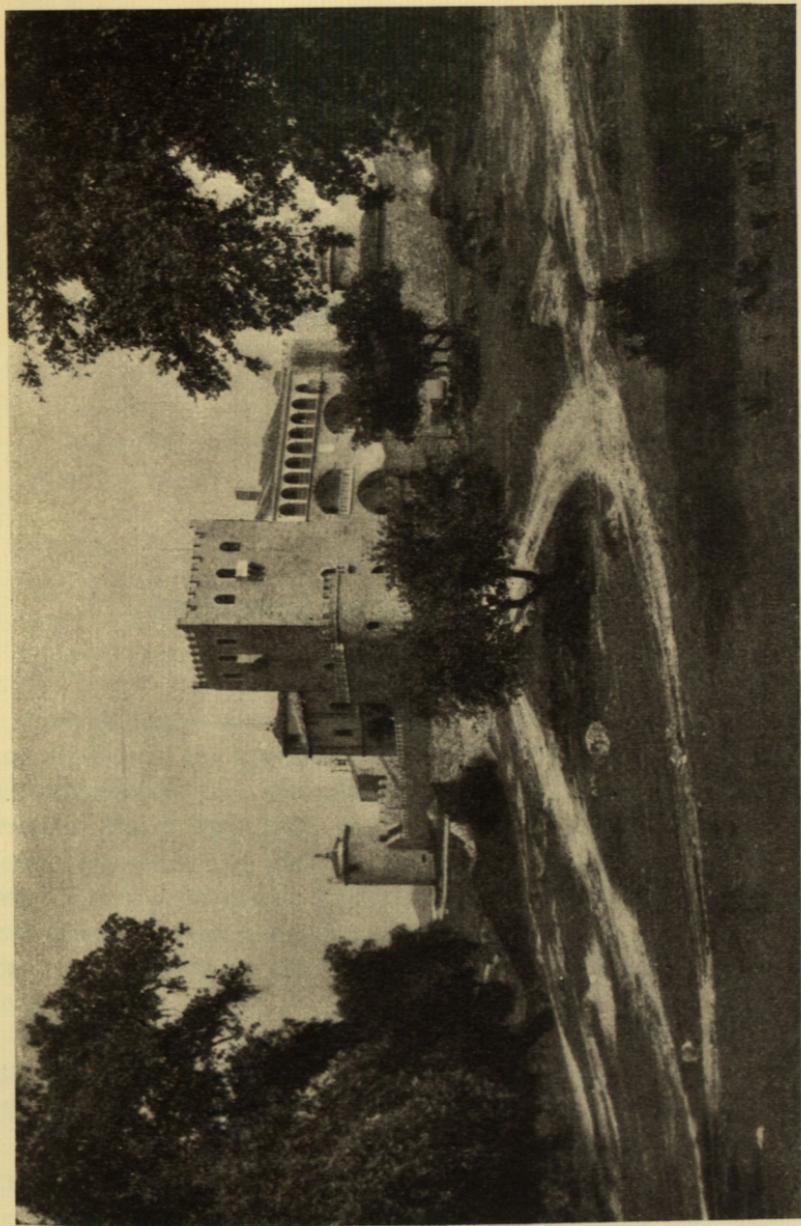
NÚM. 4.—*Badajoz.*—Otra vista del Castillo de Alburquerque.  
(Fot. Carpintero).



NÚM. 5.—Badajoz.—Castillo de Alburquerque. Interior.  
(Fot. Garrorena).



NÚM. 6.—*Badajoz*.—Castillo de Alburquerque. Interior.  
(*Fot. Carpintero*).



NÚM. 7.—*Badajoz*.—Castillo de Piedrabuena, restaurado.

(*Fot. Garrorena*).